Silencio...

CEFERINO R. AVECILLA

SILENCIO...

DRAMA EN TRES ACTOS

ADAPTACION ESPAÑOLA DE "L'ALIBI"

DE GABY TRARIEUX

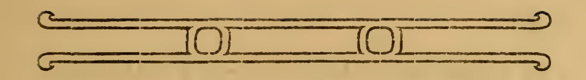
EDITORIAL CASTILLA

M A D R I D

PERSONAJES

MAGDALENA.
MARTA.
EL CAPITÁN LAROCHE.
EL CORONEL MAS LOUBIER.
EL BRIGADA DIEUAIDE.
EL TENIENTE AIGUEVIVE.
JUIZÓN.
OLMER.
EL COMANDANTE GROSTETE.
BOSSUET.
FOUGERAT.
ORDENANZA 1.°.
ORDENANZA 2.°.
GENDARME 1.°.
GENDARME 2.°.
SOLDADOS

La acción en Angulema. Epoca actual. Las indicaciones del lado del actor.



A

D. FRANCISCO MORANO

¡Oh, amigo!

He aquí que ahora, unos pocos años después del estreno de este drama tan cordialmente acogido por los buenos madrileños—gracias sean dadas a Dios—he determinado imprimir el libro y poner en esta primera página el nombre de usted como le puse al frente de mis admiraciones. O dicho a la manera oriental que nos transmite el admirable y bien amado doctor Mardrús, «sobre mi cabeza y sobre mis ojos».

Para mí es particularmente agradable determinar mis admiraciones por lo mismo que son pocas y muy contrastadas. Y no ejercen sobre mis juicios ninguna especie

de sugestión ni la perspectiva del tiempo que deforma los valores antiguos y engendra un temeroso respeto a cuanto ha dejado de existir, ni la sugestión del espacio que establece las admiraciones en razón directa del cuadro de las distancias. No creo, pues, que todo tiempo pasado fué mejor, ni que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Con estas dos vulgaridades fracasaron ridículamente Jorge Manrique y Napoleón, que fueron a lo que se ve hombres de poca amplitud de comprensión.

Vea usted, pues, que mis afectos y mis admiraciones son absolutos y austeros. Y así rígidamente y sin dar a nada de esto demasiada importancia, las determino para mi propia satisfacción, de un modo irrevocable, natural e inflexible. Y esto no es sino una especie o manera de sinceridad analítica y consciente que es lo único que puede dar a las cosas algún valor y a las admiraciones alguna estima.

Por lo demás, yo amo a este drama entrañablemente. Guarda para mi un tesoro

de recuerdos y de emociones; las dos cosas que justifican la vida y diferencian fundamentalmente a los hombres de los animales, simplificando una comprobación dificilísima...

He trabajado sobre la obra francesa con el mismo fervor, el mismo ardimento y la misma inquietud que puse después en las originales. Hice escenas nuevas; modifiqué esencialmente el plan y el diálogo y las proporciones; compuse un desenlace más comprensivo para las gentes de España a trueque del sacrificio de una grande emoción quizá demasiado sutil. Y coloqué finalmente *Silencio...* sobre mi corazón y guardo los recuerdos de aquellos días entre los de aroma más acariciante.

Además...

En aquellos años vivía yo todas dulzuras de la juventud, en una calenturienta bohemia arbitraria, con muy buena sazón de pintoresquísimo, bajo el oro de las bendiciones optimistas de la ilusión y de la fe en la luminosidad del futuro en el que había de ensancharse la Tierra «delante de

mi caballo». ¡Oh, espléndidos días bien olientes, de pecado y de voluptuosidad y de ilusión, tan lejanos y tan fatales y tan inquietos!... Y aquí quiero poner una sonrisa y una efusión sobre la cordialidad de la camaradería de dos navegantes de mi galeón. El galeón que llevaba unos rojos corazones pintados en las velas con nuestra propia sangre. ¡Salve Manuel! ¡Salve Tomasito! ¡Hermanos míos, salve! He aquí que hemos saltado a tierra firme. Henos aquí fuera de la inquietud de las tempestades en las que nuestro remo se hundió en las aguas obscuras. Pero ¡ay! que se fué el galeón Dios sabe dónde y allá quedaron en las velas nuestros corazones como pendientes de la picota!

Y en aquellas noches de tempestad, sin más luz que la de unos ojos negros pintados con kool, sabedores de todas las miradas cotizables, escribí yo este libro que ahora resurge en la amable serenidad de esta clara ciudad de Castiila, a la sombra de los muros de mi convento; de mi viejo convento, que tiene un blanco claustro resonante, y una fuente muda en un patio

silencioso, dorado de sol, con unas malvas reales y unos crisantemos...

Y esto es todo lo que mi deseo de serle grato le brinda ¡oh, amigo mío! Le debo a usted, al maravilloso arte de usted, emociones inefables. Por el buen recuerdo de aquellas emociones, mi cordialidad pone entre sus manos este libro y estas palabras asímismo perfumadas de emoción. Entrambas cosas tienen de estimable la sinceridad—aquella transparente sinceridad consabida—y la expontánea efusión con que deseo que usted también me sea deudor de algunas emociones, encerradas en este libro, como en una quimérica arquilla vieja de sándalo o de alcanfor. Una de esas arquillas inquietantes donde hemos descubierto alguna vez un abanico de cabritilla y nácar de nuestra abuelita y una hoja de hierbabuena sepultada entre las páginas amarillas de un viejo Kempis...

CEFERINO R. AVECILLA

Compluto, 1918.

ACTO PRIMERO

—

Un salón de la casa del Coronel Mas Loubier, en Angulema. En el foro gran puerta de roble tallado. Otra más pequeña, a la izquierda. A la derecha, en primer término, un ventanal en ochava. En segundo término, chimenea Luis XIII coronada por un gran blasón tallado en la piedra. Muebles severos y arcáicos.

—

Al levantarse el telón, MARTA, la hija del CORONEL, está sentada al lado de la chimenea. Lee. Hay una gran pausa durante la cual MARTA levanta frecuentemente los ojos del libro y mira hacia la puerta del foro, impaciente. Luego entra EL CORONEL MAS LOUBIER. Viste de gala. Es un hombre fornido, de bigote blanco, cabellos grises y maneras aristocráticas.

EL CORONEL

Buenas tardes, hijita.

MARTA

Contentísima.

Ya era hora, papá.

Se ha levantado. Y corre hacia EL CORONEL *que la besa en la frente. En la puerta del foro permanece* EL ORDENANZA *hasta que* EL CORONEL *le entrega la gorra, el sable y el bastón.*

EL CORONEL

Estoy fatigadísimo.

MARTA

Siéntate.

EL CORONEL

No. Sentarme no. Siéntate tú.

MARTA

Y hablaremos...

EL CORONEL

Hablaremos.

MARTA se sienta de nuevo. EL CORONEL reposadamente pasea a lo largo de la habitación. A veces se para un instante con las manos cruzadas a la espalda frente a su hija cuya impaciencia se echa de ver muy claramente.

MARTA

La verdad es que has tardado un poco más de lo justo...

EL CORONEL

¡Ah, loquilla! ¿Estabas impaciente?

MARTA

Impaciente... Lo que se dice impaciente... Temía que te retrasases. Van a dar las seis, papaíto.

EL CORONEL

Mira su reloj

Falta un cuarto de hora, minuto por minuto.

MARTA

¡Aún falta un cuarto de hora!

EL CORONEL

Esta llegada del general cuando no lo esperábamos...

MARTA

Y, dime, ¿entretiene mucho a los oficiales del regimiento?

EL CORONEL

No; a los oficiales no... ¿Pero puede saberse qué va a pasar a las seis que tanto te preocupa?

MARTA

¡Por Dios papaíto!... ¿Es posible? ¿Te has olvidado ya?... ¿No te acuerdas?...

Levemente azorada.

EL CORONEL

¡Ah! ¿La visita del teniente Aiguevive, no?

MARTA

¿Ves? No te acordabas.

EL CORONEL

¿Cómo que no? ¿Pues no estoy aquí?

Marta sonríe. Se sienta. El coronel comienza a pasearse, mientras habla, de lado a lado de la habitación.

Vamos a ver, señorita Marta, ¿estás segura de no haberte equivocado? ¿De que tu corazón ha escogido conscientemente?

MARTA

Yo... Creo que sí, papá... Creo que sí... De otro modo no me hubiera decidido a hablarte.

EL CORONEL

Mira, hija mía. Las muchachas, ¿sabes?, las muchachas que como tú no tienen mamá, nos ponéis a nosotros, los padres viejos, en unas situaciones violentísimas... Tú eres una niña inteligente, razonable y equilibrada... Pero de tu tiempo...

MARTA

¡Papá, por Dios!...

EL CORONEL

No. Si no digo nada. No es que quiera

mortificarte, pobrecita mía... No... No... No...

Y besa la frente de MARTA.

MARTA

Como después de todo tú eres quien ha de decidir...

EL CORONEL

¡Bah! ¡Tontuela! Si no es eso. Es que...

Transición. Un poco emocionado.

He pasado la vida en la más absoluta soledad. Tu madre, murió tan joven... Tú, siempre en el colegio, lejos de mí... Apenas te veía una vez cada cuantos meses... Hace bien poco que te reintegraste al hogar. Dime tú si no es lógico que saque las uñas cuando vienen a separarte de mi lado... Soy un ogro, ¿no?

MARTA

¡Sí, señor! Es usted un ogro,.. ¿Quién habla de separarnos? ¿Por qué vamos a separarnos? No. Juntos papaíto. Juntos siempre... ¡Te quiero muchísimo!

EL CORONEL

Separa a MARTA *con dulzura, un poco emocionado.*

Si en marcha hacia la dicha no te equivocas de camino, basta.

MARTA

¿Y por qué he de equivocarme? Enrique es muy bueno. ¿No crees tú que es muy bueno?

EL CORONEL

Yo no sé qué es eso de ser muy bueno, para ti. Desde mi punto de vista, aseguro que el teniente Aiguevive es un buen oficial. Acaso demasiado vehemente. Quizá algo loco. Son dos defectos que en nuestra profesión, valen a veces más que muchas virtudes. Además, Aiguevive tiene abolengo. Su familia, católica y principal, garantiza su rectitud. ¿Que no es rico? Tampoco tu eres rica. Razonablemente no sería justa mi oposición... Y ya ves tú lo que son las cosas. Yo hubise jurado que el teniente Aiguevive no pensaba en el matrimonio. ¡Ah! El amor nos aprisiona siempre a traición... Ven acá, muñeca. ¿Cuándo empezó esto?

MARTA

Pues... En aquel último «railly».

Esquiva las miradas de su padre.

EL CORONEL

¡Qué demonio de tonteria es esto de los «railly's»!

Aparece un ordenanza en la puerta del foro.

EL ORDENANZA

Desde la puerta.

Mi coronel...

MARTA

¡Ya está aquí!

Contentísima.

EL CORONEL

Exactitud militar... Las seis en punto...

Consulta el reloj. Al ORDENANZA.

¿Es el teniente Aiguevive?

EL ORDENANZA

No, mi coronel. Es el capitán Laroche, mi coronel. Quiere ver al señor coronel urgentemente.

EL CORONEL

¿Laroche?... Algún asunto del servicio... ¡Es extraño!...

A MARTA.

Déjanos un momento. Yo te avisaré cuando Laroche se vaya.

MARTA

Y a Aiguevive... le dirán que espere, cuando venga.

EL CORONEL

¡Loquilla!... ¡Loquilla!...

Besa a MARTA y la acompaña hasta la puerta de la izquierda.

MARTA

Al llegar a la puerta besa otra vez al CORONEL.

Acabarás pronto, ¿verdad papaíto?

Sale.

EL CORONEL

Al ORDENANZA.

Que pase el capitán Laroche.

EL ORDENANZA

A la orden, mi coronel.

Sale por la puerta del foro. Pausa. EL CORONEL enciende un cigarro. Después de un momento, entra EL CAPITÁN LAROCHE con cierto embarazo. Es hombre receloso y mordaz. Y evita siempre cruzar con las suyas las miradas de su interlocutor. Viste de uniforme.

LAROCHE

A la orden, mi coronel.

EL CORONEL

Adelante, Laroche.

LAROCHE

Me he permitido venir a ver a usted a esta

hora, porque tengo que comunicarle una triste noticia.

EL CORONEL

Hable usted, Laroche.

LAROCHE

El capitán Delmas acaba de morir.

EL CORONEL

¿Qué dice usted? ¿Algún accidente? Vamos... ¡Pronto!...

LAROCHE

Mi coronel: El capitán Delmas ha sido asesinado. Por lo menos esta es la suposición más lógica. Tiene la cabeza atravesada.

EL CORONEL

¡Pero esto es horrible! Siga usted. Siga usted.

LAROCHE

Estaba yo en las oficinas del cuartel, trabajando con el brigada, cuando entró el cabo de guardia, agitadísimo, y me dió cuenta de que acababa de llegar conducido en un coche, el capitán Delmas. Salí inmediatamente. En el patio estaba, en efecto, el coche. El pobre Delmas, todo ensangrentado, agonizaba. Junto al capitán, el guardabarrera del paso a nivel de Hautebrise, que era quien le había conduci-

do, explicaba el suceso. Le interrogué. Me dijo que a las cinco próximamente oyó un disparo, muy cerca de su casa. Un momento después el caballo del capitán Delmas cruzaba la vía, sin ginete. El guardabarrera al verle cruzar la vía salió hasta el bosque, llegó a la carretera y en la cuneta, al borde mismo del camino, encontré al capitán Delmas, herido de muerte. La víctima no ha podido articular palabra. El asesino no ha dejado rastro. Olmer, el médico del regimiento, que estaba en el cuartel, certificó la muerte del capitán Delmas, unos minutos después de su llegada.

EL CORONEL

¡Pobre!... ¿Han avisado a los gendarmes?

LAROCHE

Sí, mi coronel.

EL CORONEL

Perfectamente.

LAROCHE

A estas horas, una patrulla recorre el bosque de Hautebrise.

EL CORONEL

Abatido. Dolorido.

Indudablemente se trata del crimen de un

ladrón. Más de una vez los gendarmes han detenido gentes sospechosas de las que merodean por el polvorín.

LAROCHE

Mi coronel. El capitán muerto conservaba su reloj de oro, su sortija y su billetero con cuatrocientos francos. No fué, pues, el robo el móvil de este crimen.

EL CORONEL

¿Qué entonces? ¿Alguna venganza?

LAROCHE

Insinuante.

Tal vez...

EL CORONEL

Pero, ¿una venganza? ¿De quién? ¿Y de qué? El capitán Delmas era un hombre ordenado, un hombre de hogar, un hombre sin vicios. Ni jugador, ni mujeriego, las dos pasiones por las que se mata y se muere. El capitán Delmas no tenía enemigos... ni amigos, ¿verdad?

LAROCHE

Verdad. Limitaba su trato al imprescindible con sus compañeros de armas. En mi opinión,

la justicia sólo debe investigar... en el regimiento.

Solemnemente.

EL CORONEL

¿Qué dice usted, Laroche? ¿Usted sospecha de alguien?

LAROCHE

Mi coronel...

EL CORONEL

¡Usted sospecha de alguien!

LAROCHE

Mi coronel, yo...

EL CORONEL

Hable usted. Es su deber. Se lo mando a usted yo, si es preciso. Es mi deber.

LAROCHE

Pues bien.... ¡Sospecho!

EL CORONEL

Muy impresionado.

Hable usted...

LAROCHE

Lentamente, como midiendo mucho las palabras.

Decía que mi impresión personal es que en un crimen de esta naturaleza hay que buscar al culpable entre nosotros mismos. Y añado que uno tan solo podría ser sumariado como trámite previo de una más amplia información.

EL CORONEL

¿Quién?

LAROCHE

Solemne.

¡El teniente Aiguevive!

EL CORONEL

¿Aiguevive? ¿Aiguevive? ¡Bah! Mi querido Laroche, usted no está en su juicio.

LAROCHE

Mortificado.

Mi coronel, hablo por disciplina. Acuso por disciplina.

EL CORONEL

Y por disciplina va usted a razonar esa sospecha. Importa mucho a todos. Siga usted, Laroche.

LAROCHE

Resueltamente.

Mi coronel. Ante todo es preciso recordar el

incidente surgido durante las maniobras de Anvur entre el capitán Delmas y el tenien.e Aiguevive.

EL CORONEL

¿Un incidente? No recuerdo.

LAROCHE

Un día, de sobremesa, de una en otra conversación, se habló de religiones. Aiguevive nos juzgó a los judíos en términos mortificantes. Delmas replicó en el mismo tono y entre ellos se entabló una discusión personal muy agria. Intervinimos. Aquella cuestión no pasó adelante, pero las relaciones entre los dos llegaron a tal tirantez que usted mismo tuvo que tomar cartas en el asunto para reconciliar a Delmas con el teniente Aiguevive.

EL CORONEL

Exacto. Ahora recuerdo... ¡Bah! Cosas sin importancia...

LAROCHE

Sin importancia, no, mi coronel. De aquel incidente surgió el tácito agrupamiento de la oficialidad en dos grupos un poco hostiles. Yo mismo oí decir a Delmas en una ocasión que le sería agradabilísimo cruzar de un latigazo la cara del teniente Aiguevive. Delmas era gran

amigo mio... Yo le calmaba, le aconsejaba, y él, ¡siempre igual! El teniente Aiguevive no es un hombre torpe. Seguramente conocía la actitud del capitán Delmas. El teniente Aiguevive es un impulsivo. Pues bien, sobre estos hechos evidentes no es inverosímil suponer...

EL CORONEL

Interrumpe.

¡Nada! No cabe suponer nada. La gran amistad de usted con el capitán Delmas es un peligro. Su ofuscación le hace ver indicios de culpabilidad en hechos sin importancia. Hacen falta pruebas. ¿Tiene usted alguna?

El ordenanza aparece en la puerta del foro.

¿Qué ocurre?

EL ORDENANZA

Mi coronel, el señor médico del regimiento pregunta por el señor coronel.

EL CORONEL

¡Ah! ¡Olmer! Que pase.

Pausa. Entra OLMER. *Se echa de ver que es una buena persona. Es grueso y apacible. Usa barba gris.*

Buenas tasdes, Olmer... ¿Ha visto usted? Es terrible. Verdaderamente terrible.

OLMER

¡Terrible, mi coronel!

EL CORONEL

Veamos. ¿Cual es su opinión personal en este asunto? ¿Es posible hacer alguna afirmación categórica?

OLMER

Una, mi coronel.

EL CORONEL

Diga usted, Olmer.

OLMER

El capitán Delmas, yendo a caballo ha sido herido de bala, de abajo a arriba. El proyectil salió por la frente. El disparo ha sido hecho con un revólver de reglamento.

LAROCHE

Insinuante.

De reglamento, mi coronel.

EL CORONEL

Mortificado.

Sí; de reglamento. Ya lo he oído, capitán.

A Olmer.

¿Pero de abajo a arriba? Es decir, que el asesino caminaba a pie.

LAROCHE

O había echado pie a tierra.

EL CORONEL

Ahora hablo con Olmer, capitán...

A Olmer

Y, diga usted... ¿No cabe la suposición contraria? No es posible que la bala haya entrado por la frente y haya salido por la nuca. Porque en ese caso..,

OLMER

No es posible, mi coronel.

EL CORONEL

¿Ha pensado usted en la posibilidad de un suicidio?

OLMER

En mi opinión, tampoco es posible aceptar esa hipótesis, mi coronel.

EL CORONEL

Bueno.

A Laroche.

Ahora continuemos nosotros. El capitán Laroche cree que existen indicios bastantes para que la justicia fije su atención en el teniente Aiguevive. Y yo, capitán Olmer; yo, capitán Laroche, rechazo la posibilidad de esa hipóte-

sis. Lo rechazo. Porque es en mí un deber la defensa del honor de mis oficiales. Aceptaré la culpabilidad de un oficial de mi regimiento cuando a ello me obligue la acumulación de los hechos probados. Ahora, felizmente, estamos muy lejos de esa posibilidad. Vamos, Laroche... La llegada de Olmer ha interrumpido el relato de usted. Sigamos. Terminemos.

LAROCHE

Decía yo, mi coronel, que aun siendo mis suposiciones un poco temerarias—esta es la verdad—indudablemente que solo al teniente Aiguevive pueden comprometer los datos conocidos.

EL CORONEL

Hasta ahora...

LAROCHE

Es que no he terminado, mi coronel. El guardabarrera que acompañó hasta el cuartel al capitán moribundo, dice que dos hombres a caballo cruzaron la vía esta tarde... Pasó primero el capitán Delmas. Después... después... el teniente Aiguevive.

Pálido. Emocionado.

Y note usted, mi coronel, que este camino no conduce más que a los polvorines, cuya

guardia iba a montar el capitán asesinado. ¿No es un poco extraño pasear por sitio tal? ¿Dónde iba el teniente Aiguevive?... Tenemos, pues, para fundamentar nuestras sospechas...

Rectificando. EL CORONEL ha hecho un signo.

Bien... Mis sospechas... dos hechos indudables. Entre el capitán Delmas y el teniente Aiguevive existía un rencor; el teniente Aiguevive es el único hombre con el que el capitán Delmas se ha podido encontrar esta tarde.

EL CORONEL

Muy emocionado por la relación de LAROCHE. Después de una pausa, comienza a hablar lentamente y abatido.

Bien, bien... Evidentemente que las apariencias... ¡Bah! ¡Pero, si no es posible!... Vamos a ver, Laroche. ¿A qué hora ha visto pasar el guardabarrera al capitán Delmas?

LAROCHE

Saca un cuaderno de notas que consulta antes de contestar a las preguntas del CORONEL.

A la una menos cuarto, mi coronel.

EL CORONEL

¿Y a Aiguevive?

LAROCHE

Consultando nuevamente su cuaderno.

A las dos y media, mi coronel.

EL CORONEL

¿Se sabe a qué hora sonó el disparo?

LAROCHE

Fué oído por el guardabarrera a las cinco menos cuarto, aproximadamente. Lo indudable es que llegaba el capitán herido al patio del cuartel a las cinco y veintidós.

EL CORONEL

Bien, bien... ¿Y a qué hora volvió a pasar por el paso a nivel el teniente Aiguevive?

LAROCHE

El guardabarrera... no ha vuelto a ver pasar al teniente Aiguevive, mi coronel.

Sensación. Pausa.

EL CORONEL

Realmente... La fatalidad parece que se complace en acumular indicios terribles... Claro es que mi opinión personal es terminante... Pero confieso que así, a primera vista... ¿No cree usted, querido Olmer, que es inverosímil esa suposición de Laroche?

En sus palabras se acusa su

vacilación. Está muy conmovido. Se resiste a dejarse influir por la fatalidad de aquellos indicios terribles para el teniente Aiguevive, en cuya inocencia sigue creyendo, a pesar de todo. Se dirige a Olmer, en su deseo de encontrar quien comparta su fe en la inocencia del acusado.

OLMER

Mi coronel, yo...

Vacilante

EL CORONEL

¡Sinceramente! ¿Cree usted que esos indicios son bastantes para acusar al teniente Aiguevive? ¿Cree usted que justifican una sospecha seria? ¡La verdad!

OLMER

Yo, guardando todos los respetos... creo que sí, mi coronel.

EL CORONEL

Enérgico, pero sin violencia.

Pues yo insisto en que no, ¡ea! Yo creo que se trata simplemente de un cúmulo de coincidencias que el teniente Aiguevive explicará con una sola palabra. Es suficiente que resplandezca la única verdad de que a las cinco menos cuarto no estaba en el bosque de Hautebrise, ni, consiguientemente, cerca de la caseta del

guarda-vía. Yo no puedo aceptar que, fundamentada en apariencias, pese un solo momento, sobre un oficial, sospecha semejante.

Transición.

¡Un crimen!... ¡Qué locura!...

OLMER

Yo nada afirmo, mi coronel...

LAROCHE

Yo, mi coronel, me he limitado a...

EL CORONEL

Interrumpiendo.

No, no... Si reconozco que las deducciones de usted, capitán, son lógicas... Inquietan aun a quienes como yo estén seguros de que nada han de probar. Es necesario, ¿qué duda cabe?, desvanecer esos errores. ¡Pues, ya lo creo! Cuando ustedes llegaron, esperaba al teniente Aiguevive. Ahora le esperamos los tres No puede tardar. Me interesa que le escuchen ustedes mismos, atentos a sus palabras y a sus gestos. En estas circunstancias desconfío de mí... Esperemos.

LAROCHE

Estoy a sus órdenes, mi coronel.

OLMER

Es deber de disciplina y de conciencia.

Pausa muy larga y muy violenta. Después entra nuevamente EL ORDENANZA.

EL ORDENANZA

Mi coronel: El teniente Aiguevive.

EL CORONEL

Rápidamente.

¡Que pase enseguida!

Mira la hora en su reloj.

Las seis y cuarto.

Sale EL ORDENANZA. Otra pausa. Hasta la entrada del nuevo personaje nadie despega los labios. Es un silencio lleno de violencia. Al lado de la puerta del foro por la que momentos después entra EL TENIENTE AIGUEVIVE, permanecen rígidos y solemnes OLMER y LAROCHE. EL CORONEL se pasea de un extremo a otro de la habitación, inquieto y nervioso. Entra EL TENIENTE AIGUEVIVE, rápido, alegre, optimista.

Viste de uniforme como todos los personajes. Saluda militarmente a los tres jefes, sin darse cuenta de la frialdad con que éstos corresponden a su saludo. Es un muchacho de maneras distinguidas y desenvueltas. Altivo, mundano. Lleva el uniforme con exquisita elegancia.

AIGUEVIVE

Mi coronel... Señores...

EL CORONEL

Adelante, Aiguevive.

AIGUEVIVE

Mira el reloj.

A las seis y veinte...

EL CORONEL

Interrumpiendo.

Un momento, Aiguevive. Usted, sin duda, sabe ya que la presencia en esta casa del capitán Laroche y del doctor Olmer obedece a una razón del servicio.

AIGUEVIVE

No sé nada, mi coronel.

Con gran aplomo.

EL CORONEL

¿Que no sabe usted nada? ¿No viene usted ahora del cuartel?

AIGUEVIVE

No, mi coronel. Entregué el caballo al asistente. Temía llegar tarde a ver a usted.

EL CORONEL

Y así ha sido, en efecto... Bien... ¿De modo

que usted ignora en absoluto la muerte del capitán Delmas?

AIGUEVIVE

Sorprendido. Angustiado.

¿Que ha muerto el capitán Delmas? Pero, ¡si no es posible!... Y, ¿cómo? Y, ¿dónde? ¡El pobre Delmas!

EL CORONEL

El capitán Delmas ha sido asesinado esta tarde.

AIGUEVIVE

¡Oh! ¿Y quién es el asesino?

EL CORONEL

Nada sabemos. El doctor Olmer afirma que Delmas fué muerto por la bala de un revolver de reglamento. El capitán Laroche funda en este dato la posibilidad de que el culpable esté entre nosotros.

AIGUEVIVE

¡Oh! ¡Qué absurdo!

Mira a LAROCHE con altivez.

EL CORONEL

Exacto. Y ese indicio, no obstante, nos obliga a formalizar trámites dolorosísimos, pero absolutamente necesarios. Vamos a ver, te-

niente Aiguevive. Se trata de una fórmula solamente... ¿A qué hora cruzó usted el paso a nivel de Hautebrise?

AIGUEVIVE

Sorprendido, receloso, pero sin acabar de comprender.

¿Yo, mi coronel?...

EL CORONEL

Repito que se trata de poner en práctica una fórmula porque así lo exigen determinadas coincidencias. El capitán Delmas ha sido asesinado cerca de ese paso a nivel. Su cuerpo fué conducido al cuartel por el guardabarrera. Ahora conteste usted.

AIGUEVIVE

Bien... Bien... Yo he pasado por ese sitio a las dos y media próximamente, mi coronel.

Tranquilo. Como más allá de toda sospecha.

EL CORONEL

¿A qué hora ha vuelto usted a pasar, de regreso?

AIGUEVIVE

No he vuelto a pasar, mi coronel.

EL CORONEL

Pero, si no hay otro camino.

AIGUEVIVE

Le hay, mi coronel. Un atajo a través del bosque.

EL CORONEL

¿Y cómo ha cruzado usted la vía?

AIGUEVIVE

Salté el talud.

EL CORONEL

¿Saltó usted el talud? ¿Y por qué? ¿No está prohibido?

AIGUEVIVE

Me entretuve demasiado... Quise ganar el tiempo perdido.

EL CORONEL

¿Y a qué hora fué eso?

AIGUEVIVE

Poco antes de las seis.

EL CORONEL

¿Y no le ha visto a usted nadie?

AIGUEVIVE

Nadie.

EL CORONEL

Muy agitado.

¿Nadie?

Vuelve a su rigidez.

Bien. Adelante. ¿De dónde venía usted?

AIGUEVIVE

Muy turbado. Muy poco concreto.

Venía... de pasear...

EL CORONEL

¿Un paseo de cuatro horas al través de la monotonía del bosque?... ¿Un paseo que le hace a usted olvidar que a las seis de la tarde le esperan... Esto es un poco extraño, la verdad.

Rápidamente.

¿Dónde estaba usted a las cinco menos cuarto?

AIGUEVIVE

Más turbado cada momento.

No lo sé, mi coronel.

EL CORONEL

Pues es preciso saberlo. Haga usted memoria. ¿Dónde estaba usted a las cinco menos cuarto?

AIGUEVIVE

Después de una pausa llena de violencia.

Debía de estar en el camino de Querey a

Magnanc Truve... ya de regreso... Mi coronel... mi coronel, me es imposible precisar más...

EL CORONEL

Pues es necesario. Vamos a ver... En todo ese tiempo ¿no se ha cruzado usted con nadie?

AIGUEVIVE

Con nadie.

EL CORONEL

¡Con nadie!...

Transición.

¿Pasó usted por Magnac?

AIGUEVIVE

Sí, mi coronel.

EL CORONEL

¿A qué hora?

AIGUEVIVE

A las cinco próximamente. Empezaba a oscurecer.

EL CORONEL

¿Tampoco en Magnac ha visto usted a nadie? ¿Ni a una sola persona que pueda recordar haberle visto a usted?

AIGUEVIVE

Turbadísimo. Rápido.

No he visto a nadie, mi coronel.

EL CORONEL

Fatigado. Desesperanzado.

Es terrible. Parece que se obstina usted en hacer estériles mis buenos deseos. Parece que tiene usted empeño en no comprender... No sabe usted nada... No recuerda usted nada... Yo no puedo más.

AIGUEVIVE

¿Pero, tan necesario es que yo lo recuerde todo, mi coronel?

EL CORONEL

Teniente Aiguevive. Si usted no ha encontrado a nadie en su paseo; si usted no cuenta con un testimonio que afirme sus palabras; si usted no justifica el empleo de esas horas por lugares tan extraños, ¿cómo responder a los que sospecha que usted ha tropezado a lo menos con una persona?

AIGUEVIVE

¿Con quién?

Ansiosamente.

EL CORONEL

Rápido. Fuerte.

¡Con el capitán Delmas!

AIGUEVIVE

¡Oh!

Abatido. Horrorizado. Después de una pausa y en voz muy baja, como hablando consigo mismo.

¡Qué infamia! ¡Qué infamia!

Alto. Erguido. Con altivez.

¡Mi coronel! Yo doy mi palabra de honor de que eso no es cierto.

EL CORONEL

Y yo lo creo así. Así estoy dispuesto a creerlo. Pero no basta. En este asunto va a intervenir la justicia. Y ante la justicia la palabra de honor de un oficial no prueba nada. Hace falta otra prueba; la decisiva; la irrebatible. ¿No tiene usted esa prueba?

AIGUEVIVE

No.

Baja la cabeza. Suspira. Pausa larga.

EL CORONEL

Como luchando por rechazar la duda, que ya está a punto de hacer vacilar su fe en la inocencia del teniente.

¡Pero, si no es posible! ¡No es posible!

Encarándose con el teniente nuevamente.

Piense usted. Recuerde usted. Es preciso disipar este ambiente de duda. Sus palabras, sus vaguedades, sus indecisiones, impresionan de manera que... Vea usted el gesto del capitán Laroche... la actitud del doctor.

LAROCHE permanece impasible y en silencio. OLMER protesta.

OLMER

Fríamente, como si en efecto compartiese la opinión de LAROCHE.

Mi coronel, yo no he formado juicio.

EL CORONEL

¡Oh! Pero si esto se prolonga acabaremos por volvernos locos. ¡Defiéndase usted! ¡Defiéndase usted!

AIGUEVIVE

¡Mi coronel, si no puedo! La acusación que se lanza sobre mí es terrible. Terrible, pero absurda. Todo justifica esas sospechas que me hacen su víctima. Pero nada más de lo que he dicho puedo decir... Cuando parezca el culpable...

EL CORONEL

Indignado

Pero mientras tanto usted verá impasible como el deshonor cae sobre nuestro regimiento. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

AIGUEVIVE

¡Oh! Es terrible! ¡Es infame!

EL CORONEL

Acabemos, teniente Aiguevive. Bajo palabra de honor ¿usted me asegura que no ha ocultado nada?

AIGUEVIVE

Muy turbado.

Bajo palabra de honor digo que no vi al capitán Delmas.

Con gran vehemencia.

Soy inocente. Soy inocente.

Solemnemente.

Lo juro.

EL CORONEL

Sin embargo usted oculta lo que esta tarde ha hecho. ¿Por qué? ¿Por qué esa obstinación que puede condenarle?... Señores...

Al capitán LAROCHE *y a* OLMER.

Quiero hacer cuanto dependa de mí en bien de todos... ¿Tienen ustedes la bondad?...

Abre la puerta del foro y

acompañando hasta allí a Laroche y a Olmer.

Es la última tentativa.

Al salir los dos personajes hablan un momento en voz baja con el coronel. El teniente Aiguevive sin volver la cabeza quédase cuadrado en el centro de la escena. Cierra la puerta el coronel. Pausa.

Ya estamos solos. No le habla el coronel de su regimiento. Le habla a usted un amigo, todo corazón.

AIGUEVIVE

¡Gracias! ¡Gracias!

EL CORONEL

¿Qué significa ese silencio? ¿Qué intenta usted? ¿Qué oculta usted?

Pausa larga. El coronel espera que Aiguevive hable al fin. Pero éste, inquietísimo, persiste en su silencio.

Hable usted.

AIGUEVIVE

Mi coronel...

EL CORONEL

Hable usted.

AIGUEVIVE

¡No puedo!

EL CORONEL

Confiese usted a lo menos que trata usted de ocultar algo extraño a la muerte del capitán Delmas.

AIGUEVIVE

Mi coronel... ¿Para qué este interrogatorio violento e inútil? Evítemelo usted, mi coronel. Se lo suplico... No puedo más. No tengo nada que decir... Como cada tarde, he salido hoy a pasear mi caballo. Y nada más. Si existen coincidencias que me pierden; si yo no puedo luchar contra ellas, ¿cómo defenderme?

Abatidísimo. Pausa.

EL CORONEL

Muy cordial.

Vamos, vamos, Aiguevive... Reflexione usted... Tenga usted calma... El capitán Laroche es terrible...

El teniente Aiguevive hace un gesto de repulsión al oir el nombre del capitán.

Su amistad con Delmas le hace peligroso en este caso. Estaban unidos por esa masonería de religión, de educación, de amores y de

odios, tan bien observada entre los judíos. Para Laroche como para Delmas, nosotros somos el enemigo. Y Laroche, inconscientemente acaso, quiere perderle a usted, porque odia a los hombres de linage... Es su desquite.. Laroche va a seguir su pista. Si usted no me da algún arma para salvarle, llegará usted bajo su terrible acusación hasta el Consejo de Guerra. ¿Piensa usted defenderse con esas lacónicas negativas?

Pausa.

¿Es que tiene usted la seguridad de que el culpable será descubierto de aquí a entonces?

Transición.

Vamos, Aiguevive, vamos...

AIGUEVIVE

Mi coronel; no puedo defenderme, pase lo que pase... Agradezco a usted mucho su bondad. Pero no es posible... No saldrá de mis labios ni una palabra. Ni una sola.

EL CORONEL

Gravemente.

¿Ni aunque se lo pida a usted el padre de Marta?

AIGUEVIVE

Pálido. Con voz apagada.

¡No! ¡Oh! ¡Marta! ¿Para qué hablar de Marta? ¡Que me perdone, mi coronel!

EL CORONEL

¡Bien! ¡Basta ya!

Se dirige hacia la puerta.

AIGUEVIVE

Ansiosamente.

¡Mi coronel! Le suplico, le ruego que me dejen en libertad. Que aplacen la sumaria unas horas... Que yo disponga de esta noche, mi coronel; solo de esta noche.

EL CORONEL

Muy inquieto.

¡Oh! ¿Y para qué?

AIGUEVIVE

¿Para qué? Para montar a caballo ahora mismo y recorrer hasta los últimos confines del bosque de Hautebrise y los pueblos y toda la comarca. ¡Oh! ¡Yo descubriré al asesino! ¡Esta noche! ¡Sólo esta noche, mi coronel!

El coronel, abatido, preocupado, pásase la mano por la frente como desechando un pensamiento. Pausa.

EL CORONEL

No. No puedo. Me pide usted demasiado.

Teniente Aiguevive... Esa inexplicable actitud de usted me irrita... Y, sin embargo, adivino en ella algo que debe ser justo...

Transición.

¡Dejarle a usted en libertad! ¡Qué locura!

Vacila.

¡Qué se diría en el regimiento!

Con decisión.

No, no. Tengo que cumplir con mi deber, inflexiblemente... ¡Valor!

AIGUEVIVE

Hirguiéndose.

¡Sabré tenerle, mi coronel!

EL CORONEL

¡Valor!

Se dirige a la puerta, que abre de par en par.

Adelante, señores.

Entran OLMER y LAROCHE.

Mis esfuerzos han fracasado... El teniente Aiguevive insiste en su silencio. Ahora... hay que cumplir el deber. Teniente Aiguevive, hasta nueva orden queda usted arrestado. ¡Vaya usted! Le ruego que no cruce con nadie ni una sola palabra.

AIGUEVIVE saluda ceremoniosamente al CORONEL y a los ca-

pitanes OLMER y LAROCHE. Y sale. Una pausa larga.

OLMER

Con permiso de usted, mi coronel, yo me retiro.

EL CORONEL

Bien. Bien. ¿Va usted a su pabellón directamente?

OLMER

Sí, mi coronel.

EL CORONEL

Pues tenga usted la bondad de esperar allí órdenes mías.

OLMER saluda y sale. Al capitán LAROCHE.

Usted quédese.

LAROCHE

A sus órdenes, mi coronel.

EL CORONEL

Laroche: Tiene usted ganada la partida, de momento, por lo menos. Este pobre muchacho va a perderse... A pesar de todo, me interesa dejar bien sentado que mi opinión es absolutamente opuesta a la de ustedes y que ahora más que antes, la tengo por cierta. Si alguna duda podía hacerla vacilar, esta duda se ha desvane-

cido. De ser culpable, o se defendería o confesaría. Hay en todo esto algo que oculta, claro está. Un algo totalmente ageno al crimen.

Pausa. Transición.

¿Usted no opina así, verdad?

LAROCHE

Yo no, mi coronel. Pero en definitiva, mi opinión significa bien poco. No soy yo quien va a juzgar los hechos.

EL CORONEL

¿Y usted cree que la sumaria descubrirá la verdad? ¿Toda la verdad?

LAROCHE

Lo creo, mi coronel.

EL CORONEL

Sin embargo... Piense usted un poco en los riesgos de una sumaria que se empieza bajo la impresión de una pista que puede ser falsa. Este asunto despertará las pasiones. Sería desastroso que públicamente cometiéramos una torpeza de tal magnitud. Piense usted en esto.

LAROCHE

Tendré muy presente el consejo, mi coronel. Prometo a usted que procederé con toda prudencia y con toda discreción. Pero tanto como

al error hay que temer a la impunidad. Y no tenemos otro punto de partida que esos indicios a los que yo me atengo.

EL CORONEL

Me he permitido aconsejar a usted, olvidando que mantiene un criterio cerrado... Y con este criterio... ¿sería inútil—hablamos en el terreno de suposiciones—sería inútil, digo, que yo le pidiera a usted... por ejemplo... la demora de las actuaciones hasta mañana?... El tiempo preciso para ver si los gendarmes descubrían algo... Repito que esto no es más que hablar por hablar. ¿Se negaría usted capitán? ¿Se negaría usted?

LAROCHE

Me permitiría pedir a usted la orden por escrito, mi coronel. En casos así hay que salvar todas las responsabilidades... Yo en conciencia...

EL CORONEL

¡En conciencia! ¡En conciencia!... Dios quiera que su conciencia no le reproche algún día estos escrúpulos de ahora.

LAROCHE

De eso estoy seguro, mi coronel.

EL CORONEL

Yo no.

Pausa.

LAROCHE

Con permiso de usted me retiro, mi coronel.

EL CORONEL

Muy bien, capitán.

LAROCHE

Saludando

A la orden de usted.

Se dirige hacia la puerta.

EL CORONEL

Buenas tardes. Y téngame usted al corriente de todo. No saldré esta noche. Veré ahora mismo al general y vuelvo.

Sale el capitán. EL CORONEL se pone la gorra y la pelliza y se dirige sigilosamente hacia la puerta del foro. Cuando va a salir, aparece MARTA.

MARTA

Pero, papá, ¿vas a salir?

EL CORONEL

Un momento. Vuelvo en seguida.

MARTA

¿Habéis hablado?...

EL CORONEL

Vino... Pero un asunto urgente...

MARTA

¿Te ha dicho?...

EL CORONEL

No hemos podido hablar solos. Una desgracia... El capitán Delmas, ¿sabes? El pobre... ¡ha muerto!...

MARTA

¡Delmas!

EL CORONEL

Y el caso es... que parece que se trata... ¡Es horrible! Le encontraron herido en el bosque... Ya comprenderás que con todo esto no hemos podido...

MARTA

Pero dime, ¿volverá Enrique? ¿No?

EL CORONEL

No sé, hija...

MARTA

¡Por Dios, papá!...

EL CORONEL

Además... ¿Comprendes?... He tenido que arrestarle...

MARTA

¿Arrestarle?

EL CORONEL

Una faltilla sin importancia... Pero... la disciplina...

MARTA

¡Papá!...

EL CORONEL

Nada... Si no es nada. Déjame. Tengo que ver al general. Vuelvo enseguida. Y hablaremos. Espera. Espera. Es solo un momento...

MARTA

Está bien...

EL CORONEL

¿Me esperas, verdad?

Va a salir y se detiene bruscamente en la puerta.

La vida impone deberes dolorosos, ¿sabes? Y siempre hay que cumplir con el deber. No lo olvides, hija mía.

MARTA

No, papá. Pero, ¿qué significa?...

EL CORONEL

Nada... No significa nada... Hasta luego.

MARTA

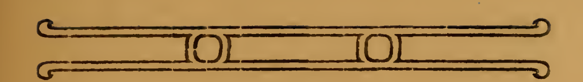
El deber...

EL CORONEL

Adios, hija mía.

Sale precipitadamente. MARTA preocupadísima, se dirige despacio, a la ventana, levanta el visillo y mira hacia la calle. Se oye lejano el toque de retreta. Cae el telón. Y en la obscuridad absoluta del teatro siguen oyéndose las cornetas. Y la luz se hace ya caido el telón y cuando el toque de retreta termina...





ACTO SEGUNDO

—

En el cuartel. La oficina del Ayudante del regimiento. Estantes con legajos. En el fondo, una ventana y una puerta de cristales. A la izquierda, otra puerta grande. Una mesa de escritorio, un sillón delante de la mesa yalgunas sillas , constituyen todo el mobiliario.

Al empezar la acción, el brigada DIEUAIDE escribe, fumando un cigarrillo. Es un hombre gordo, coloradote y afeitado. A poco entra el capitán LAROCHE. DIEUAIDE tira el cigarrillo. Se pone en pie. Se cuadra.

—

LAROCHE

¡Hola!

DIEUAIDE

A la orden de usted, mi capitán.

LAROCHE

Que llamen al ordenanza del teniente Aiguevive.

DIEUAIDE

Está bien, mi capitán.

LAROCHE

¿Le conoce usted?

DIEUAIDE

Sí, mi capitán. Es Bossuet.

LAROCHE

Bueno. Que venga Bossuet.

DIEUAIDE

Abre la puerta de la izquierda.

¡Dransart! Que venga enseguida el ordenanza del teniente Aiguevive. Es de la cuarta batería.

UNA VOZ

Fuera.

¡Bossuet!

DIEUAIDE

¡Enseguida!

Vuelve a cerrar la puerta.

LAROCHE

¿No hay novedad?

DIEUAIDE

Ninguna, mi capitán.

LAROCHE

Se despoja del sable y de la gorra.

¿Se ha presentado Juizón?

DIEUAIDE

No señor, mi capitán. También ha faltado a la lista de esta noche.

LAROCHE

Pues ya son tres. Hay que dar parte. Es un desertor. ¡Demonio de chico! ¡Tan buen soldado!...

DIEUAIDE

Pero una bala perdida. Por ahí andará de borrachera.

LAROCHE

No hay que descuidarse para la revista.

DIEUAIDE

Está bien, mi capitán.

LAROCHE

Bueno.

Pausa corta. Medita.

¿Qué clase de pájaro es ese Bossuet?

DIEUAIDE

¿El ordenanza? Un campesino. Un cazurro. No se sabe si es tonto o si es listo. A mí me parece un granuja.

LAROCHE

A ver qué dice.

DIEUAIDE

No creo yo que diga mucho.

LAROCHE

Pues debe saber algo.

DIEUAIDE

Pero si se empeña en callar...

LAROCHE

Ahora veremos.

Entra BOSSUET. Se detiene en el umbral, como extrañado.

BOSSUET

¿Da usted su permiso, mi capitán?

LAROCHE

Entra, hombre, entra.

BOSSUET

A la orden, mi capitán.

LAROCHE

¿Eres tú el ordenanza del teniente Aiguevive?

BOSSUET

Sí señor, mi capitán.

LAROCHE

Pasa y cierra la puerta.

Bossuet lo hace. Se vuelve a cuadrar.

No te asustes. No te va a pasar nada. Vamos a ver Acabas de desensillar el caballo de tu teniente. ¿Has ido a buscarle a su casa? ¿A qué hora? Contesta. ¿A qué hora?

BOSSUET

No sé mi capitán.

LAROCHE

¿Cómo que no sabes?

BOSSUET

No señor, mi capitán. No tengo reloj.

LAROCHE

Pero en el cuartel lo hay. Y bien a la vista.

BOSSUET

Pero no le miré, mi capitán.

LAROCHE

Has hecho mal. ¿Ha sudado mucho el caballo?

BOSSUET

Sí sudaba, mi capitán.

LAROCHE

Y como ha llovido y hay mucho barro por las carreteras, estaría muy sucio, ¿verdad?

BOSSUET

No sé si hay barro en las carreteras, pero el caballo venía muy sucio.

LAROCHE

¿Cuánto tiempo crees tú que ha estado trabajando ese caballo, poco más o menos?

BOSSUET

No sé, mi capitán.

LAROCHE

Un veterano como tú debe saberlo. ¿Y no sabes tampoco dónde fué a pasear tu teniente?

BOSSUET

No sé, mi capitán.

Reprime una sonrisa.

LAROCHE

¿Te ríes? ¿De qué te ríes?

BOSSUET

No me río, mi capitán.

LAROCHE

Sí te ríes. ¡Vamos! ¿De qué te reías?

BOSSUET

Es que... pensaba que el teniente nunca me cuenta dónde va.

LAROCHE

Suprime los comentarios y contesta a lo que te pregunto. ¿Sabes dónde ha estado esta tarde el teniente?

BOSSUET

No señor, mi capitán.

Pausa.

LAROCHE

Bueno. Te advierto que si averiguo que callas algo, vas a estar en el calabozo todo lo que te queda de servicio. Conque piensa lo que te conviene.

BOSSUET

Mi capitán...

LAROCHE

¿En qué estábamos?... ¡Ah, sí!... ¿Recuerdas haber acompañado alguna vez a tu teniente en sus correrías?

BOSSUET

Inquieto y turbado.

¿Que si le he acompañado?... No señor, mi capitán... Muy rara vez.

LAROCHE

Muy rara vez... Es decir, que en alguna ocasión sí le has acompañado... ¿Y esas veces fuísteis por el camino del polvorín, hacia el bosque? ¡Contesta!

BOSSUET

Sí señor, mi capitán. Alguna vez.

LAROCHE

¿Y dónde va tu teniente cuando sigue ese camino?

BOSSUET

¿Que dónde va?

LAROCHE

Sí, sí. ¿Dónde va?

BOSSUET

Pues... va... por la carretera...

LAROCHE

¿Sin rumbo? ¿No se detiene en alguna parte?

BOSSUET

Sí señor... Algunas veces se detiene en Magnac.

LAROCHE

¿En Magnac? ¿Pero en qué sitio?

BOSSUET

Pues en la fonda. Yo me quedo teniendo los caballos.

LAROCHE

¿En la fonda? ¿Qué fonda?

BOSSUET

En la de los Cuatro Cantones, mi capitán.

Dieuaide, que durante todo el diálogo parecía ensimismado en su trabajo, levanta la cabeza y mira fijamente a Bossuet que evita sus miradas.

LAROCHE

¡Vamos! ¡Esto va bien! Sigue. ¿Cuando el teniente echa pié a tierra en la fonda de los Cuatro Cantones, tarda mucho en salir?

BOSSUET

Según...

LAROCHE

Bien. Eso importa poco. A ver... ¿Tú insis-

tes en que no sabes dónde ha estado hoy tu teniente?

BOSSUET

No señor, mi capitán. No lo sé.

Ha contestado muy vivamente, como si tratara de salir pronto de la cuestión.

LAROCHE

Mirando a DIEUAIDE.

Me parece que tú no dices la verdad...

DIEUAIDE asiente con un movimiento de cabeza.

Está bien. Ya lo averiguaré yo... Puedes irte.

BOSSUET

Con permiso de usted, ¿puedo retirarme, mi capitán?

Muy contento.

LAROCHE

Sí, hombre. ¿No lo has oído?

BOSSUET

A la orden de usted, mi capitán.

Contentísimo saluda y se retira rápidamente.

LAROCHE

¿Qué le parece a usted?

DIEUAIDE

Lo que yo me figuraba, mi capitán.

LAROCHE

Bien. Ya tenemos un punto de partida. Ya sabemos que sus paseos por el camino del polvorín terminaban en Magnac. No es mucho saber... Ahora, hay que averiguar lo que iba a hacer allí Aiguevive. Tal vez hoy se encontró con el capitán Delmas en la fonda de los Cuatro Cantones y...

DIEUAIDE

No lo creo, mi capitán... Con permiso de usted...

LAROCHE

Sí, hombre sí. Diga usted lo que piense.

DIEUAIDE

Muy respetuosamente.

En el caso de que el teniente Aiguevive haya ido varias veces a Magnac, figúrese usted si es sencilla la deducción de lo que iba a hacer allí...

LAROCHE

No sé... Siga, Dieuaide, siga.

DIEUAIDE

Seguramente, que en la fonda de los Cuatro Cantones le esperaria una mujer.

LAROCHE

¿Una mujer? ¿Y por qué eso?

DIEUAIDE

Con cierta vacilación.

Porque allí es lo corriente.

LAROCHE

¿Y cómo lo sabe usted? ¿Por experiencia propia?

DIEUAIDE

No señor, mi capitán. Yo no puedo permitirme esos lujos. Pero el dueño de esa fonda es pariente mío, y...

LAROCHE

Ese hombre es nuestro hombre. ¿Y cómo no me lo dijo usted antes?

DIEUAIDE

Yo, hasta que Bossuet no habló de Magnac...

LAROCHE

Es posible... ¡El eterno drama de la mujer!

Entra el comandante Orosete, por la puerta del foro. Es un hombre regordete y jovial.

GROSTETE

¿Molesto, capitán? Usted, brigada... Tenga el estado que me pidió. Compruébelo usted.

Dievaide toma el papel que el Comandante le ofrece y se sienta otra vez. Sigue el Comandante dirigiéndose a Laroche.

Vengo de casa de Olmer... Nuestro *bezigue* no deja de jugarse por nada del mundo...

LAROCHE

Ya, ya.

GROSTETE

Y, naturalmente, hemos hablado de la escena de esta tarde en casa del Coronel... Usted estuvo en su terreno, Laroche.

LAROCHE

¡Oh!...

GROSTETE

Yo soy enemigo de aventurar juicios, y sin embargo, en más de una ocasión predije que aquella tirantez de relaciones entre Alguevive y el capitán... ¡Ah, Laroche! Es ingrata la misión de usted. Hay que proceder con energía y sin descanso...

LAROCHE

Así procuro hacerlo, mi comandante.

GROSTETE

Sentándose pesadamente.

¿Y han encontrado ustedes algún nuevo indicio?

LAROCHE

Tal vez... Tal vez... Sé positivamente que Aiguevive iba con frecuencia a Magnac, a la fonda de los Cuatro Cantones.

GROSTETE

¡Con alguna mujer, claro! ¡Ah, la Fonda de los Cuatro Cantones!... ¿Conque surge en este asunto una mujer? Eso es interesantísimo.

LAROCHE

Ahora hay que encontrar el lazo de unión entre la mujer y Delmas... Existir, existe, indudablemente. La cosa es clara.

GROSTETE

Clara hasta cierto punto, querido Laroche.

LAROCHE

Esa mujer fué sin duda el origen del rompimiento de los dos hombres.

GROSTETE

Acaso... Quizá...

LAROCHE

Y así se explica todo. El que Aiguevive supiera donde podía encontrar a su adversario. El que el odio engendrara el crimen. Todo... Todo... Delmas vivía alejado de ese mundo luminoso y perverso. Era un hombre de su casa, como yo. Adoraba a su mujer, como yo. Además, empezaba el descenso de la vida y no era rico. No es, pues, verosímil una aventura de galantería... profesional. Su mujer... Su mujer es 20 años más jóven que él... ¿Se acuerda usted? Le mortificábamos con eso.

GROSTETE

Es verdad.

LAROCHE

Y recuerde usted también que desde hace algunos meses estaba triste. Yo llegué a sospechar... lo que ahora sospecho.

GROSTETE

¡Ah! Sí... sí... Usted cree...

Pausa.

¡El pobre!

LAROCHE

¿Ve usted? No ha sido preciso pronunciar un nombre: hemos pensado los dos el mismo. No puede ser otra. ¡Ella! ¿No cree usted que es ella?

GROSTETE

¡Maravilloso! Razona usted de una manera que... la verdad...

LAROCHE

Transición.

¡Oh! ¿Pero, y si no es esta la verdadera pista?

GROSTETE

Los razonamientos de usted son terminantes, mi querido Laroche.

LAROCHE

Sin embargo, no quiero proceder a la ligera. No quiero acusar todavía. Pero confieso, mi comandante, que estoy un poco dominado por esta lógica verosimilitud. Esta es la verdad.

A Dieuaide que se adelanta, llevando en la mano el estado que le dió el comandante.

¿No cree usted, Dieuaide?

DIEUAIDE

Evidentemente, mi capitán.

LAROCHE

Dieuaide: Usted que lo sabe todo, ¿no ha oído nunca hablar de esta historia, de estos lances?

DIEUAIDE

Yo no, mi capitán.

LAROCHE

Resueltamente.

Sí. Ella es.

A Dieuaide.

¡Dieuaide! Necesito que interrogue usted a su pariente.

A Grostete.

Al fondista de Magnac.

DIEUAIDE

Turbado.

Mi capitán...

LAROCHE

¿Qué pasa?

DIEUAIDE

Es un hombre reservadísimo... Y conmigo más que con nadie...

GROSTETE

Riendo

¡Claro!

DIEUAIDE

Considere usted, mi capitán, que esa reserva suya es la base del negocio... De otra manera, ¿para qué ir a Magnac? No iría nadie. Con lo cual nada perdería la honradez. El negocio este de mi cuñado es un poco equívoco...

GROSTETE

Equívoco no... ¡Está bien claro! Y si con él se gana el hombre la vida, hace perfectamente, ¡qué demonio!

LAROCHE

En resumen, usted cree que no ha de servirnos.

DIEUAIDE

Además, tal vez no sepa nada... Las señoras adoptan ciertas precauciones... Van en coches cerrados, con velos tupidos...

GROSTETE

¡Qué perversas... y qué agradables!

LAROCHE

Si fué en coche, se busca, se encuentra al cochero. Hay que saber más. Su pariente de usted no puede negarse a ayudar a la justicia. Iré a interrogarle yo mismo.

DIEUAIDE

Eso me parece lo más práctico, mi capitán. A usted no se atreverá a ocultarle nada.

GROSTETE

Levantándose.

Vaya usted, capitán. Es lo mejor. Decididamente hay en usted un policía extraordinario.

LAROCHE

¡Oh! Hasta ahora es tan claro todo lo de este asunto... Vamos a ver...

A Dieuaide

El medio más rápido de ir a Magnac es el ferrocarril, ¿no?

DIEUAIDE

Seguramente, mi capitán. La carretera está en muy mal estado. Un auto tardaría mucho.

LAROCHE

Bueno. ¿Tiene usted una guía del ferrocarril?

DIEUAIDE

Sí señor, mi capitán. La del cuarto de estandartes.

LAROCHE

Haga usted el favor de traérmela.

DIEUAIDE

A la orden, mi capitán. Mi comandante, la nota comprobada está bien. Si tiene usted la bondad de echar una firma...

Coloca el papel sobre la mesa.
Luego se va.

GROSTETE

Le dejo a usted. Voy a terminar mi *bezigue*. Hice esta escapada en busca de noticias. Sea usted fuerte; ni una vacilación, ni una duda.

LAROCHE

Así lo hago, mi comandante.

Entra FOUGERAT.

FOUGERAT

Mi capitán: la señora capitana dice que quiere hablarle con urgencia.

LAROCHE

¿Mi mujer? ¿Pero, está ahí?

FOUGERAT

Sí señor, mi capitán.

LAROCHE

Bien. Que entre. Acompáñala tú mismo.

Sale FOUGERAT.

GROSTETE

Preséntela usted mis respetos, capitán. Y adiós.

Sale GROSTETE. LAROCHE se pasea por la escena, pensativo pero íntimamente satisfecho. De vez en vez se detiene y sonríe. Suena un timbre fuera. Entra MAGDALENA LAROCHE, sin ruido, en un momento en que el capitán está de espaldas a la puerta. MAGDALENA LAROCHE es una mujer de unos cuarenta años, muy bella aún. La boca es maliciosa y grande. Los ojos luminosos y profundos. Está muy agitada.

MAGDALENA

¡Fernando!

LAROCHE

Volviéndose.

¿Magdalena, a qué vienes aquí?

MAGDALENA

Como ya era tarde y no ibas... Es tan fastidioso cenar sola...

LAROCHE

¿No te han llevado una carta mía?

MAGDALENA

Sí. Por eso vengo a buscarte. Estoy inquie-

ta. Me ha puesto nerviosa la muerte del pobre Delmas... Y, temo que te dejes llevar de tu modo de ser. Eres tan impresionable... tan obstinado... Anda... ¡Ven a casa!... Esas sospechas tuyas me dan miedo... Vámonos. Allí con calma, meditas, piensas...

LAROCHE

Pero ¿estás en tu juicio?

MAGDALENA

Muchas veces has rectificado una opinión por mí.

LAROCHE

Ahora se trata de un asunto muy grave.

MAGDALENA

Por eso hace falta ser más prudente que nunca.

LAROCHE

¡Prudente! Parece que se ha puesto de moda esa palabra. Hablas como el coronel. Y tienes su misma manía. Esperar... ¡Esperar!

MAGDALENA

¡Ah! ¿También él te ha dicho?...

LAROCHE

Sí. También él.

MAGDALENA

¿Y qué le has contestado?

LAROCHE

Le dí mis razones. Y las comprendió. Y le convencí.

MAGDALENA

¿Le convenciste o es que ha transigido por cortesía? ¡Fernando por Dios! Piensa que puedes indisponerte con el coronel.

LAROCHE

¿Y eso, qué importa si la ley se cumple? Además tú no conoces al coronel. En el fondo es bueno, es razonable. Se le convence... con razones.

MAGDALENA

Sí. Pero ahora se trata de sus afectos. ¿No sabes que el teniente Aiguevive es el novio de Marta?

LAROCHE

¿Novio de Marta?

MAGDALENA

Sí; novio de Marta.

LAROCHE

¿Pero cómo lo has sabido tú? ¿Y cuándo?

MAGDALENA

Ahora mismo. Por eso vine.

LAROCHE

¿Aiguevive el novio de?...

Transición.

Entonces hace perfectamente el coronel defendiendo a Aiguevive. Pero yo tengo con Delmas el deber de defender a un amigo... No debo vacilar.

MAGDALENA

¿Y si dieras un paso en falso? ¿Qué pasaría? Ya os separa bastante la diferencia de religión...

Pausa violentísima.

...Y mi historia...

LAROCHE

Cumpliré con mi deber sin preocuparme de nada más.

MAGDALENA

¿Y si te equivocas?

LAROCHE

No me equivoco.

MAGDALENA

¿Qué sabes tú?... ¿Y si te equivocas?

La puerta se abre. El Capitán LAROCHE mira hacia la puerta molestísimo.

LAROCHE

¿Qué hay?

Entra DIEUAIDE con una guía de ferrocarriles en la mano.

DIEUAIDE

Mi capitán, aquí está la guía.

Se detiene al ver a MAGDALENA. Da una vuelta, rápido, como para retirarse.

¡Ah!... Dispensen ustedes...

LAROCHE

Es un momento, Dieuaide... Ahora le llamaré. Un momento.

DIEUAIDE deja la guía sobre la mesa y sale.

Bueno, Magdalena. Vete.

MAGDALENA

Mira que si te equivocas...

LAROCHE

¡Qué empeño!... Yo descubriré la verdad... Ya casi la sé.

MAGDALENA

Te equivocas.

LAROCHE

¿Y qué sabes tú de esto? ¿Por qué hablas así?

MAGDALENA

Mira. Oye. Se trata de un crimen cobarde y vulgarísimo. Aiguevive podrá ser si quieres, un muchacho ligero, aturdido, galanteador, todo. Pero es valiente; es caballeroso. Nadie te creerá.

LAROCHE

Pues ese muchacho hace un momento, delante de mí, no estaba tan arrogante como de costumbre. Nuestras miradas se cruzaron rápidas y bajó los ojos... Y no encontró una palabra de defensa.

MAGDALENA

¿Y si obra dominado por alguna razón poderosísima? ¡Qué se yo cuál! ¡Aiguevive un asesino!... ¡Piénsalo!... No puede ser un asesino.

LAROCHE

Y, sin embargo, todo le compromete... Ahora mismo acabo de saber un detalle que aclara el misterio. Según ha declarado su ordenanza Aiguevive tenía una aventura. Aiguevive iba con frecuencia a Magnac. Allí le esperaba una mujer.

MAGDALENA

¿Y esa mujer?...

LAROCHE

Esa mujer es la incógnita de este problema. No sé aún quién es. Pero pronto he de saberlo.

MAGDALENA

¡Bah! ¡Alguna cualquiera!

LAROCHE

No lo creo así yo.

MAGDALENA

¿Y eso qué prueba después de todo?

LAROCHE

Figúrate que entre esa mujer y Delmas hubiese algún lazo...

MAGDALENA

¿Qué supones? ¿Sospechas de alguien?

LAROCHE

Tal vez.

MAGDALENA

¿Y de quién sospechas?

LAROCHE

Volviéndose hacia MAGDALENA.

¿Quieres saberlo? ¿Quieres que te lo diga? Pues sospecho de la mujer de Delmas.

MAGDALENA

¿De Alina?

LAROCHE

Sí. De Alina...

MAGDALENA

No. No es posible... En eso te equivocas aún más... No, no...

LAROCHE

Pues la hipótesis es de una lógica abrumadora.

MAGDALENA

Para tí que estás bajo la impresión de un prejuicio. Eso no puede ser.

LAROCHE

¿Qué sabes tú?

MAGDALENA

No puede ser. No, no. No es Alina. Te aseguro que no es Alina. Yo respondería de su inocencia.

LAROCHE

Pronto lo sabremos.

MAGDALENA

¿Qué vas a hacer?

LAROCHE

Encontrar la prueba.

MAGDALENA

Y ¿cómo?

LAROCHE

Viéndola. Hablándola. La diré que Aiguevive está preso. De su actitud es bien fácil deducir la verdad. ¡Facilísimo!

MAGDALENA

Pero cruel.

LAROCHE

¿Por qué cruel?

MAGDALENA

Respecta el dolor de una mujer que llora a su marido.

LAROCHE

Si le quería, la consolará saber que el criminal será castigado. Si le engañaba...

MAGDALENA

¡Ten compasión de ella!

Apasionada. Con vehemencia.

LAROCHE

La compasión para el que la merece. Las mujeres infames no son dignas de compasión.

MAGDALENA

¡Eres un juez terrible!

LAROCHE

¡Magdalena! ¡Mírame a la cara!... ¡Magdalena!... ¡Tú sabes algo!

MAGDALENA

¿Yo?

LAROCHE

¡Defiendes a Alina con un apasionamiento que!...

MAGDALENA

Porque tengo la seguridad de que es inocente.

LAROCHE

Observando que MAGDALENA se ha turbado un poco.

¿Por qué te turbas?... ¡Magdalena! ¡Tú sabes algo!

MAGDALENA

Yo, no. ¡No!

LAROCHE

Pausa. Transición.

¿No? Bien. Pero tú eres buena. Tú me ayudarías.

MAGDALENA

Creo que ofendes la memoria de tu amigo muerto ensañándole con su mujer... Acaso Delmas aun siendo culpable Alina, la hubiese perdonado. Acaso desde allá, desde las regiones del perdón, te grita: ¡Perdona! ¡Perdona!

LAROCHE

Inquieto.

¡Vamos! ¡Calla! Tranquilízate. Y vete. Yo no puedo perder más tiempo. Tengo mucho que trabajar todavía y si quieres que vuelva pronto a casa... A ver a qué hora sale el tren.

Va a coger la Guía.

MAGDALENA

¿Dónde vas?

LAROCHE

A Magnac. A la fonda de los Cuatro Cantones.

MAGDALENA

¡No! ¡No vayas! No te empeñes en descubrir el secreto de una mujer. Además no averiguarás nada... En esas fondas, las gentes son mudas y ciegas.

LAROCHE

Veremos si ante la justicia sueltan la lengua y abren los ojos.

MAGDALENA

Se dirige hacia la puerta.

¡Compláceme!... Será un capricho pueril, pero te lo suplico. No sé qué presentimientos me inquietan... Estoy nerviosísima... La muerte de Delmas... Tus sospechas... No me dejes sola. Espera a mañana. Te lo ruego otra vez.

LAROCHE

No, Magdalena. No es posible. ¡Basta ya!

MAGDALENA

¡Terco!

LAROCHE

Abre la puerta y llama.

¡Dieuaide!

MAGDALENA

¡Fernando!...

LAROCHE

¡Basta te he dicho!... ¡Dieuaide!...

Entra Dieuaide *siempre circunspecto.*

DIEUAIDE

A la orden de usted, mi capitán.

LAROCHE

Salen trenes de hora en hora. Este ya lo hemos perdido. Iremos en el de las ocho.

DIEUAIDE

Está bien, mi capitán.

MAGDALENA

Entonces, hasta las ocho tienes tiempo de venir a casa.

LAROCHE

No.

MAGDALENA

¿Vas a ir sin cenar?

LAROCHE

Cenaré aquí... Y no insistas, te lo ruego, Magdalena.

Se vuelve y empieza a hojear papeles.

MAGDALENA

Lentamente.

Bueno... Bien... Adiós...

Laroche no contesta. Magdalena, sale.

LAROCHE

Nerviosísimo. Un poco excitado.

Hay otra noticia, Dieuaide. Parece ser que el teniente Aiguevive es novio de la hija del Coronel. ¿Usted lo sabía?

DIEUAIDE

Yo no, mi capitán.

LAROCHE

Acaba de decírmelo mi mujer. Es claro que ahora nos interesa más que nunca buscar pruebas. Tenemos que luchar con los de arriba. ¡Qué éxito, Dieuaide! ¡Qué éxito si mañana mismo pudiera darse por terminada la sumaria!

Entra el cabo de guardia Fougerat.

FOUGERAT

Mi capitán.

LAROCHE

¿Qué hay?

FOUGERAT

Unos gendarmes traen preso a Juizón.

LAROCHE

¡Hombre! Podía haberse dejado coger veinticuatro horas antes. Está bien. Que entren.

FOUGERAT

¡A la orden!

Saluda y sale.

LAROCHE

¡Vamos! ¡Por fin los gendarmes han servido de algo alguna vez!

Entra FOUGERAT, dos gendarmes y dos soldados de la guardia. Traen a JUIZON, extenuadísimo, con el uniforme lleno de barro, y hecho trizas. Su mano derecha está ensangrentada. Una herida le cruza la frente.

LAROCHE

A los gendarmes.

¿Dónde han cogido ustedes a este granuja?

GENDARME 1.º

En el bosque de Hautebrise, mi capitán. Entre Magnac y Querey.

LAROCHE

¡Hombre! ¡Qué coincidencia!

A JUIZÓN.

¿Estás herido?... ¿Qué has hecho? ¡A ver!

GENDARME 1.º

Es que... Se resistió, mi capitán. Y nos hizo dos disparos con su revólver... Una de las ba-

fas me atravesó el tricornio. Entonces espoleamos a los caballos... y aquí lo tiene usted, mi capitán.

Deja sobre la mesa el revólver de Juizón.

LAROCHE

¿Pero, es que te has propuesto jugarte la cabeza? Figúrate que hubieras matado a un gendarme.

JUIZÓN

¿Y qué?... ¡Uno más o menos!... Como ya sé lo que me espera...

LAROCHE

¿Cómo uno más o menos? ¿Qué quieres decir?

JUIZÓN

Digo que lo del capitán Delmas... Eso ya no hay quien lo arregle...

LAROCHE

¿Cómo? ¿Pero, has sido tú?

JUIZÓN

Sí señor... Las cosas vinieron así... Yo no le he buscado... Se atravesó en mi camino y...

LAROCHE

¿Pero, qué te había hecho el capitán?

¡La suerte de uno!.. Le encontré en el camino de Rochefort... Yo quería salir de Francia. Me echó la mano; me mandó que le siguiera para traerme al cuartel... ¡Bah! ¿A él que le importaban mis cosas? Bueno. Pues le seguí. De pronto mi mano tropezó con el culatín de ese revólver. Hizo muy mal en no tomar precauciones conmigo. Debía conocerme... El disciplinario o cuatro tiros, me daba igual. Para escaparme de sus manos no había más que un medio. ¿Qué iba a hacer yo? ¡Aprovecharlo! ¡Y lo aproveché! Nos jugamos la vida y me tocó ganar. Eso. Allí solos, en la linde de la carretera, de nada sirven los galones ni la disciplina. Odio contra odio. Y nada más. ¡Bueno! Odiarle, yo no le odiaba... pero... vamos... Quiso hacerme despertar de mi sueño. Quiso hacerme volver a la disciplina, al castigo, a la sumisión. ¡Cuando estaba tan cerca de la libertad! Eso... Eso... Cada uno nace para una cosa. Yo he nacido para vivir libre, sea como sea. La libertad, o la muerte, que también es libertad. Luego... Esto no le importa a nadie, pero yo... yo quiero decirlo todo. Mire usted. A mí me han enterado de que mi novia ha hecho una locura... ¡Yo quise hacer otra locura! La suya me ha matado. La mía... ¡matarla! Pero vino...

y pasó que el capitán me cortó el paso y puso, sin saberlo, la vida suya ante la vida de ella... ¡y le maté! Porque fué su vida la primera con que tropezó mi odio ¡Y le maté!...

LAROCHE

Muy dueño de sí. Muy lentamente.

Bueno. Pueden ustedes retirarse.

Los gendarmes saludan y salen.

Llevaos a ese hombre al calabozo.

FOUGERAT

Está bien, mi capitán.

JUIZÓN

¡Hala! Y ponedme grillos y corred bien los cerrojos y atadme los brazos y las piernas. Porque si no, el pájaro abre la jaula, y vuela ¡a destrozar a picotazos un nido!... ¡Vamos!

Fougerat hace seña a los dos soldados de que se lleven al desertor. Le empujan. Juizón se encoge de hombros, resignado.

Ya, ya conozco el camino.

Sale conducido por la guardia. Laroche y Dieuaide quedan solos. Dieuaide ordena unos papeles. Laroche reflexiona, muy preocupado. Pausa larga.

LAROCHE

¡Vaya! Voy a dar parte al coronel de este acontecimiento inesperado. Es una buena noticia. Adiós, Dieuaide.

DIEUAIDE

Si veo a mi cuñado, no tendré que preguntarle nada, ¿verdad?

LAROCHE

¡Claro! Ya no nos interesa la aventura de Aiguevive.

Pausa. Mira atentamente la guía que está sobre la mesa. La hojea con aire distraído.

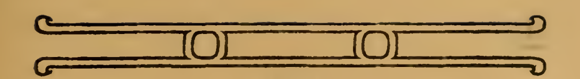
Pero... de todos modos... Sí... sí. Pregunte usted... Por curiosidad... Pregunte usted...

DIEUAIDE

¡A la orden, mi capitán!

Se cuadra y saluda al capitán LAROCHE *que sale por la puerta de foro.*

BAJA EL TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

Es de noche. Al comenzar la acción, MARTA, abatida y preocupadísima, está sentada al lado de la chimenea. Alumbra la escena una lámpara grande, de sobremesa, que deja la habitación en una penumbra triste. Hay una pausa muy larga. Luego llaman golpeando con los nudillos en la puerta del foro.

MARTA

¡Adelante!

EL ORDENANZA

Sin pasar del umbral.

La señora del capitán Laroche. Pregunta por el señor coronel.

MARTA

¿Y no sabe usted que ha salido?

EL ORDENANZA

Es que dice que si no está el señor coronel, hablará con la señorita.

MARTA

Contrariadísima.

Pues dígala usted que me excuse. Que estoy enferma. Que no recibo a nadie.

EL ORDENANZA

Está bien, señorita.

Sale EL ORDENANZA. Otra pausa muy larga. Luego EL ORDENANZA golpea nuevamente en la puerta del foro con los nudillos.

MARTA

Adelante.

EL ORDENANZA

Señorita... La señora capitana se empeña en ver a la señorita.

MARTA

¿Pero la ha dicho usted?...

EL ORDENANZA

Sí, señorita.

MARTA

Bien. Que pase.

Sale EL ORDENANZA. Otra pausa. Entra MAGDALENA agitadísima. Esfuérzase empero en parecer tranquila. Pero ni un instante vence a su turbación y a su angustia.

MAGDALENA

Perdone usted mi insistencia...

MARTA

Señora... Y usted a mí. No me encuentro hoy bien y...

MAGDALENA

Ya, ya. Pero me trae un asunto tan urgente...

MARTA

¿Quiere usted hablar a mi padre?

MAGDALENA

No. Es a usted a quien quiero hablar.

Pausa.

Usted, sin duda, sabe que el capitán Delmas ha sido asesinado.

MARTA

Sí. ¡Pobre Delmas!

MAGDALENA

¡Pobre Delmas!... Pero... lo que quizá no sabe usted es a quién acusan de este crimen.

MARTA

No lo sé. ¿A quién acusan?

MAGDALENA

Al teniente Aiguevive.

MARTA

Horrorizada. Incorporándose.

¡Mi Enrique!

MAGDALENA

Apasionadísima. Su voz es como un lamento desgarrador.

¡Mi Enrique!

Transición. Apenas pronunciada la palabra, MARTA se aparta de MAGDALENA con un movimiento de repulsión.

MARTA

¡Oh! ¿Usted?

MAGDALENA

¡Perdón! Perdóneme usted. El mismo grito nos ha delatado. Ahora... ya lo sabe usted todo. Todo. El secreto de la vergüenza mía y la inocencia de Enrique. Su inocencia que

hay que justificar. Y a eso vengo. A que usted me ayude.

MARTA

¿Qué me propone usted?

MAGDALENA

Salvarle. Salvar al hombre que la pertenece.

MARTA

¡Que la pertenece a usted!...

MAGDALENA

No, no... Olvide usted eso... Es un rincón de mi pasado. ¿Qué puede importarla a usted mi pasado? Piense usted en el presente. El pasado no es nuestro.

MARTA

¡Oh! ¡Qué espanto! ¡Qué infamia!

MAGDALENA

Hay que salvarle. Salvarle a toda costa. ¡Ayúdeme usted! ¡El tiempo corre tan deprisa! ¡Y... piense usted en él!

Se acerca a MARTA y la coge las manos, suplicante.

MARTA

¡Pensar en él! ¿Es que él pensó en mí?

Llora.

MAGDALENA

¡Llore usted! ¡Llore usted, pobre niña! Yo también quisiera llorar y... no puedo.

MARTA

Transición.

¡Pero, si es imposible! ¡Imposible! ¿Por qué le acusan? ¿Qué le condena?

MAGDALENA

¡Todo!

MARTA

¡Dios mío! ¡Dios mío, qué horror!

MAGDALENA

Enrique estuvo hoy en Magnac. Yo... yo también estuve... Ibamos a vernos por última vez. Me llevó unas cartas mías que hubiera sido indiscreto confiar a nadie...Nos separamos a las cinco, momentos después de haber sido asesinado al capitán Delmas en el bosque de Hautebrise, en el camino de Angulema a Magnac. ¡Y este es el indicio que le condena! Dicen que nadie más que él, pasó por allí. ¡Y en aquella hora estaba conmigo en el patio del hotel de los Cuatro Cantones! ¡Y yo no puedo decirlo! ¡Y él no ha querido despegar sus labios para no perderme! ¡Y se ha dejado arrestar! ¡Y

ha sufrido que le acusen de un crimen odioso! ¡Es horrible!

MARTA

¿Y por qué usted no dice la verdad? ¿Por qué usted no le salva?

MAGDALENA

¡Porque el juez es mi marido!

MARTA

¡Laroche! ¡Qué horrible!...

MAGDALENA

Mi marido. Y él es quien me ha contado los indicios que condenan a Enrique... Hice cuanto humanamente pude para convencerle del terrible error... ¡Nada! Y por eso quiero que me oiga el señor coronel, su padre. Por eso... Quiero decirle rotundamente estas palabras: «Si mi marido insiste en ir a Magnac, yo lo diré todo. ¡No temo a nada! ¡Ni a la muerte!». Y por eso vine. ¡Ayúdeme usted! ¡Usted que es su único amor! ¡Ayúdeme usted!...

MARTA

¡Su único amor!... ¿Y es usted quien me lo dice? ¿Usted?

MAGDALENA

No, no... Entre nosotros no hubo un amor

jamás. Yo fui para él... una aventura... Usted, pobre niña, no sabe aún nada de la maldad del mundo. Quererme, no me quiso jamás. Sabíamos los dos que aquello estaba fatalmente condenado a morir muy pronto... La juro a usted que ahora no pienso en salvarme yo, ni en que se salve Enrique. Es extraño, ¿verdad? Pues es así. ¡Yo quiero salvar a mi marido! ¡Porque me quiere con toda su alma! ¡Porque le quiero con toda mi alma!

MARTA

¿Le quiere usted? ¡Y le hace traición! Le quiere usted y por una ligereza indisculpable, destroza su dicha y la dicha agena. ¿Y dice usted que le quiere? ¡Bah!

MAGDALENA

Me obligan a mi marido, el amor y la gratitud que debo, a quien contra todo, contra todos, me dió su nombre, me hizo dichosa, haciéndome vivir otra vida distinta a la que yo conocía. Porque yo, señorita, no tuve la suerte de nacer en ese mundo en que se encuentran las gentes hecha la existencia... Pasé por todas las vicisitudes de la desgracia. Y de aquella vida me sacó él. Y sería espantoso, sería horrible destrozarle el alma... ¡Bastante he sufrido yo!.. ¡Bastante he sufrido, hasta el

final de nuestra triste aventura! Usted no puede comprender esto. ¡Si ni yo misma lo comprendo! Y es así. ¡Le quiero más hondamente ahora, porque en mi amor hay remordimientos.

MARTA

¡El remordimiento!... Quizá el remordimiento la purifique a usted, señora. Ni reproches, ni lamentos, ni lágrimas, son la salvación. Si usted necesita mi ayuda, hable usted. ¡Acabemos! ¿Qué quiere usted de mí?

MAGDALENA

Quiero que usted, la niña inocente, noble y apasionada, la que será esposa de Enrique, salve a una Magdalena Laroche, pecadora y arrepentida. ¡Sálveme usted! ¡Sálveme usted, por piedad!

MARTA

¿Y qué tengo que hacer para salvarla, señora? ¿Qué puedo hacer para salvarla?

MAGDALENA

¡Usted lo puede todo! Bastaría una orden de su padre a mi marido para que no se mueva de aquí. Ruégueselo usted. ¡Pronto! Son las siete. Dentro de una hora será ya tarde. Enrique se salvará, pero a costa de dos víctimas.

De un hogar deshecho... De una felicidad muerta... Evítelo usted. ¡Pronto!

MARTA

Pausa larga.

Hablaré a mi padre. La salvaremos a usted.

MAGDALENA

¡Gracias! ¡Gracias! ¡Oh! ¿Me salvará usted?

MARTA

Sí.

Pausa.

MAGDALENA

¿Me permite usted ser su amiga?

MARTA

Después de una vacilación

Sí.

Se estrechan las manos, muy emocionadas. Oyese dentro la voz del CORONEL. MARTA se separa de MAGDALENA. Escucha y coloca el índice sobre sus labios imponiendo silencio.

¡Mi padre! Espérele usted aquí. Háblele ustéd. Es muy bueno. La ayudará.

Emocionadísima, sale. Una pausa larga. Entra EL CORONEL. Se dirige a MAGDALENA resueltamente.

EL CORONEL

¿Es a la señora de Laroche a la que tengo el honor del hablar?

MAGDALENA

Sí, coronel.

EL CORONEL

Bien. Ya conozco el objeto de esta visita. Hable usted. Tenga usted la bondad.

El coronel con una ceremoniosa indicación, la invita a sentarse. El permanece de pie.

MAGDALENA

Gracias. Vengo a implorar de usted una palabra. Nada más que una palabra. Quiero saber qué va usted a hacer.

EL CORONEL

¡Oh! ¿Quién sabe?... Ante todo permítame usted que con esta brusquedad que es en mí típica, la reproche el procedimiento empleado para llevar a término su resolución. Debió usted hablar conmigo, pero no con mi hija.

MAGDALENA

Perdone usted. Es verdad. Perdone usted a una infeliz, inquieta, desesperada... Me olvidé de todo; de todo lo que pudiera retrasar el fin.

Hice mal... Piense usted, sin embargo, en que yo, recibida por usted o por ella, soy nada más que la víctima que se ofrece a un suplicio voluntario. Porque en este suplicio está la salvación ajena.

EL CORONEL

Así lo he supuesto yo. Pero considere usted, señora, que mi hija... ¿Por qué ha de hacer sufrir a mi hija esta tragedia?

MAGDALENA

Es verdad. En mí el sufrimiento es una expiación. Perdónenme ustedes. Pero dígame pronto: ¿Qué ha decidido usted? ¿Qué va usted a hacer? ¿Qué pasará?

EL CORONEL

Aún no sé nada. Nada. La verdad... Me vuelve loco esta terrible complicación. ¡Pero, no sé! Es dificilísimo...

MAGDALENA

Es que si usted no interviene sin perder momento, mi marido va a Magnac. ¡Y entonces!...

EL CORONEL

¿Cuándo ha de ir a Magnac?

MAGDALENA

Ahora. Ahora mismo.

EL CORONEL

¿Ahora? ¡Oh! ¡Laroche! ¡Qué obstinadamente busca su propio mal! ¡Es un hombre imposible!

MAGDALENA

Es un hombre recto, coronel. Cumple con sus deberes. Ese es su único pecado.

EL CORONEL

¿Y usted le defiende, señora?

MAGDALENA

¡Y cómo no he de defenderle, si le quiero como nunca, coronel! ¿Cree usted que si no le quisiera sufriría tanto? ¿Por qué sufro yo? ¡Por él! Porque no sospeche; porque no dude. ¡Por no matar su dicha! Pero él, cumple con su deber. El no sabe nada. Usted que lo sabe, cumpla usted con el suyo, coronel.

EL CORONEL

¿Qué dice usted, señora? ¿Sabe usted cuál sería mi deber? ¿Mi deber de militar? Pues cruzarme de brazos ante la serena acción de la justicia. Ese sería mi deber. Cruzarme de brazos, pase lo que pase.

MAGDALENA

Confusa. Incierta. Dolorida.

Perdóneme usted. Perdóneme usted. Mi im-

paciencia... mi incertidumbre... mi temor. Todo. ¡El deber! ¡No hablemos del deber! Por encima del deber están los sentimientos. ¡Más allá de las ordenanzas, el corazón!

Con calor.

Por caridad debe evitarse el que dos hombres se maten. Estoy seguro que usted lo cree así también.

Pausa.

Además, yo solo le pido a usted una resolución. Sea la que sea. Después... Ya veré yo lo que hago. Y si usted, inflexible, no me ayuda...

EL CORONEL

¿Qué haría usted?

MAGDALENA

¡Oh! Que nadie volviese a verme más.

EL CORONEL

Rápido. Ingénuo.

¿Qué dice usted?

MAGDALENA

No. ¿Usted cree que yo sería capaz de matarme?

EL CORONEL

¡Señora!...

MAGDALENA

¡No sería capaz! ¡No sería capaz! No... Huiría. Para romper esta vida y comenzar una vida nueva. ¿Dónde? ¿Quién sabe? Donde no fuera una afrenta para mi marido.

EL CORONEL

Pero usted no hará eso. La energía de usted estimula mi propia energía. En conclusión: a mí este asunto no me preocupa... No me preocupa.

Desmintiendo con su desaliento sus palabras.

Y, sin embargo...

MAGDALENA

Ansiosa.

¿Qué? ¿Sin embargo, qué?... Hable usted, coronel. Se lo suplico.

EL CORONEL

Nada. Nada... Hay que afrontar la situación. Decir la verdad toda... ¡Toda! Tal vez su marido de usted... ¿Quién sabe? ¡La verdad! ¡Es lo más digno! ¡Es lo más honrado!

MAGDALENA

¡La verdad!... Es decir, la humillación. La deshonra. El escándalo. La afrenta. La villanía. Porque usted no sabe... Yo no soy una mujer como todas. No. Mi marido me ha dado

su nombre a despecho de sus amigos, a despecho de su familia... Mi marido me defendió, me protegió contra todos los males, contra mi propia vida. Mi marido hizo de mí su adoración. Y me ha puesto en un altar tan alto, tan alto, que si yo caigo de ese altar es la muerte mi caida. No. ¡Yo no quiero perder su cariño! ¡Yo no quiero perder su respeto! Perdóneme usted, coronel... Ya ve usted... Lloro... ¡No puedo!... ¡No puedo!...

EL CORONEL

Como tomando una resolución definitiva

Bien. ¡El capitán Laroche no irá a Magnac! Le haré venir. Trataré de convencerle. Me impondré si es preciso. No irá, señora. No irá. Esté usted tranquila.

MAGDALENA

¡Oh! ¡Gracias!

Muy conmovida. Le besa la mano al CORONEL. *El la retira.*

¡Qué bueno es usted!

EL CORONEL

¡Basta ya!

El CORONEL *se dirige a la puerta. En el momento de llamar aparece en el dintel* EL ORDENANZA, *que saluda.*

EL ORDENANZA

¡Mi coronel!

EL CORONEL

¿Qué pasa?

EL ORDENANZA

El capitán Laroche.

MAGDALENA

¡El!

EL CORONEL

Que espere un momento.

EL ORDENANZA

A la orden, mi coronel.

MAGDALENA

¿Y yo?... ¿Y yo?...

Inquieta.

EL CORONEL

Abre la puerta de la izquierda.

Entre usted ahí. Es la habitación de mi hija... Espere usted.

MAGDALENA

¡Dios mío!...

Sale MAGDALENA. EL CORONEL, lentamente, tranquilamente, se dirige a la puerta del foro por

la que hace mutis. Un momento después entra con el capitán Laroche.

EL CORONEL

No... no.

LAROCHE

Sí, mi coronel. Supe que el teniente Aiguevive es el prometido de su hija de usted. Pero lo supe demasiado tarde.

EL CORONEL

Mortificado.

¡Ah! ¿Y quién se lo ha dicho?

LAROCHE

Mi mujer. Fué al cuartel a prevenirme.

EL CORONEL

¿Ah, sí?

LAROCHE

Insisto, mi coronel, que de haber yo sabido...

EL CORONEL

¡Bah! ¿Y por qué? Dejemos esto. Debe, sin embargo, servirle de lección para no dejarse influir por simples apariencias. Y, ahora, querido Laroche, con su permiso... Voy a dar esta

noticia a Marta, al general, a la pobre viuda y... a Aiguevive. Capitán...

Le tiende la mano que LAROCHE estrecha.

LAROCHE

Un momento más. Quiero solicitar de usted un favor.

EL CORONEL

Hable usted, capitán.

LAROCHE

Desearía ir yo mismo a presentar mis excusas al teniente Aiguevive.

EL CORONEL

Un poco turbado.

¿Usted? ¿Usted mismo? ¡A estas horas! ¿Y para qué?

LAROCHE

Porque quisiera justificarme. Y pronto. Quisiera reparar cumplidamente el mal que le he hecho.

EL CORONEL

¡Bah! Usted, capitán, siempre está fuera del justo medio. ¿Excusarse? ¿Y por qué? ¿Qué ha hecho usted? Cumplir sus deberes. ¡Bah, bah! No hablemos más de esto. ¡Nada! ¡Se acabó!

LAROCHE

Sin embargo, mi coronel. Es que aparte de lo sucedido existen circunstancias de otro orden que justifican mi deseo.

EL CORONEL

Bien. Ya le verá usted. Mañana... Otro día. ¡Ahora no, ea! En mí esa visita es una obligación. Voy a buscarle. Quiero traerle conmigo hasta mi propia casa. ¡Vaya! Adiós, capitán.

LAROCHE

Insistiendo

Mi coronel...

EL CORONEL

Acompañándole hasta la puerta del foro.

Aplaque usted esa inquietud. Así no se puede vivir.

LAROCHE

A la orden, mi coronel.

Saluda. Se va. El coronel rápidamente atraviesa la habitación y se dirige a la puerta de la izquierda por la que hace mutis, después de apagar la luz. A poco Laroche, vuelve por el foro.

Al advertir que no está el coronel, se queda indeciso.

Pausa larga. Laroche, inmóvil, escucha próximo a la puerta de la izquierda. Se oye después el ruido de otra puerta que se cierra violentamente. Laroche se acerca instintivamente a la ventana. Luego va a apoyarse en la chimenea que da frente a la puerta de la izquierda. Esta puerta se entreabre lentamente. Dentro se oye la voz de Magdalena.

MAGDALENA

No se moleste usted, Marta. Adiós.

Abre la puerta y se dirige a tientas hacia el foro. Laroche va a dar un paso hacia ella. Tanteando en el muro logra tocar el conmutador. Lo hace funcionar. Se enciende la luz del centro de la estancia.

LAROCHE

¿Tú?

MAGDALENA

¡Jesús!

Un grito. Pausa.

LAROCHE

¿Qué haces aquí?

MAGDALENA

¿Yo?... Vine a ver a Marta.

LAROCHE

¿Y para qué?

MAGDALENA

Pues...

LAROCHE

¿Para qué? ¿Para qué?

MAGDALENA

Pues... Verás... Me avisó... ¿Sabes?... Quería decirme que yo... que tú... que te rogase... ¿No comprendes? Ella...

LAROCHE

¿Pero, es ella la que te ha buscado a tí?

MAGDALENA

Ella... ella. ¿Quién si no? ¿Quieres que se lo preguntemos? Ven... Verás.

LAROCHE

No. Si te creo. ¡Te creo!

MAGDALENA

Ya sabe que el asesino ha sido descubierto. ¡Qué alegría!...

Muy contenta. Transición.

¡La suya, claro! ¡Pobre!

Pausa.

¿Vamonos?

LAROCHE

Sombrío.

Yo no.

MAGDALENA

¿Te quedas?

LAROCHE

Sí.

MAGDALENA

¿Para qué?

LAROCHE

Déjame, Magdalena. No me preguntes nada. ¡Cosas mías!...

MAGDALENA

¡Cosas tuyas! Pues me quedo yo también.

LAROCHE

Bueno.

Pausa.

MAGDALENA

¿Y quieres decirme qué es lo que tenemos que hacer aquí ya? ¿Se puede saber por qué nos quedamos?

LAROCHE

Nada. Por nada. Sé que el coronel ha ido a poner en libertad a Aiguevive. Sé que vendrán

juntos. Sé que le quiero ver esta misma noche.

MAGDALENA

Inquieta. Rápida.

¿Verle? ¿Pero, por qué? ¿Por qué? ¿Qué te importa ya?

LAROCHE

Es un deber en mí el presentarle mis excusas. Déjame, Magdalena.

MAGDALENA

¿No es igual mañana, en el cuartel, en el casino? ¿Por qué ha de ser ahora? Vámonos. Vámonos. ¡Si vieras! No me siento bien... Estas emociones son terribles... Vámonos.

LAROCHE

Ve tú. Yo espero.

LAROCHE

¡Qué tenacidad!... Bueno... Pues me voy...

LAROCHE

Adiós.

Magdalena da unos pasos hacia la puerta del foro. Luego se vuelve hacia su marido. Pálida. Emocionada. Temerosa. Presa de un leve temor

¿Es que no te vas?

Con acritud.

MAGDALENA

No. Sola no.

Enérgica.

Ven tu. Quiero que vengas. Es necesario que vengas.

Hirguiéndose con resolución.

LAROCHE

¿Necesario? ¿Y por qué?

MAGDALENA

¿Por qué?

Transición.

Ya lo sabrás.

LAROCHE

Habla. ¿Por qué?

MAGDALENA

Aquí no. No. En casa... Vámonos... Vámonos...

LAROCHE

¿Por qué? ¡Dime por qué!

Ansiosamente.

MAGDALENA

Enérgica. Rápida.

¡Porque no debes excusarte con ese hombre!

LAROCHE

¿Qué dices? Contesta... Contesta... ¿Por qué no?

MAGDALENA

¿Por qué?

Parece resuelta a hablar. Pausa. Transición.

No, no. Vámonos. Te lo ruego. Te lo suplico. Vámonos.

LAROCHE

Cogiéndola por la muñeca.

¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAGDALENA

[illegible]

Vámonos.

LAROCHE

Con trágica indignación. Oprimiendo cada vez más fuerte las muñecas de su mujer.

¡Tú eres! ¡Tú, Magdalena! Tú eres la mujer!

MAGDALENA

Humillada.

¡Yo soy!

LAROCHE

Trágico. Horrorizado.

¡Perdida! ¡Miserable!

La empuja violentamente, y cae sobre un sillón.

MAGDALENA

¡Pégame! ¡Mátame! Ya todo me es igual. ¡Resucito!

LAROCHE

¿Matarle? ¡No! ¿Qué vale tu vida? ¿Qué vale el dolor de un momento? ¡Déjame!... ¡Déjame!... ¡Me das asco!

La empuja por segunda vez. Luego se sienta en un sillón y habla como consigo mismo. Su voz es grave y trémula. Pausa muy larga.

¡Era verdad! ¡La maldita verdad! ¿Por qué dudé? ¡Todo acabó! ¡Todo acabó!

Queda consternado un momento. Otra pausa. Repite ahogado por la pena.

¡Todo!

MAGDALENA

Otra pausa muy larga.

¡Oye! ¡Oyeme! Piensa en mi calvario. De tí a ellos. De ellos a tí. Y siempre en el suplicio de todos los dolores. ¡Hasta este último, más fuerte que la vida! ¡Perdón!

LAROCHE

...¡Y has hablado a todos! ¡Y has extendido

mi vergüenza! ¡Y me has envuelto en tu deshonra!

MAGDALENA

¡Perdón!... ¡Perdóname!...

Se arroja a los pies de su marido. Y se cubre la cara con las manos.

LAROCHE

¡El desprecio! ¡Y el baldón! ¡Y la infamia!

Pausa.

¡Me has quitado hasta la voluptuosidad de la pena!... ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué?

MAGDALENA

¿Por qué? Porque quise evitarte este dolor.

LAROCHE

¡Mientes! Porque buscabas la impunidad.

MAGDALENA

¡No! ¡No! ¡Eso no! ¿Para qué? ¿Yo qué valgo? ¡Por mí no!

LAROCHE

Entonces... ¡Por él!

MAGDALENA

¡Por él! ¡Bah!... ¡No! ¡Te lo juro! ¡Te lo juro!

Transición.

Tú no me crees. Y yo no puedo pedirte que

. Pero, óyeme. Vas a saberlo todo. ¡Vete!ue lo sepas todo! Y eres tú mismo ›bliga a hablar. Tu actitud. Tu rigor. o fuí siempre buena! Llegó a mí cuan- ¡Q"aldad acusaba tu hastío. ¡Y... y... fué! gar sin tu cariño no significaba nada en vida. Porque en mi vida hubo siempre, iempre, un amor. ¡Ya lo sabes tú! Y... fué, digo. ¡Es mi único pecado!

LAROCHE hace un gesto de repugnancia.

Y hoy mis recuerdos me llaman a mis deberes. Porque no he olvidado tus abnegaciones.

Pausa. MASPALENA siente un estremecimiento de horror, como asqueada de sí misma.

¡Yo sola fuí la culpable! ¡Yo sola!

Transición.

Tú sufres mucho. Pero yo quiero justificarme con la verdad. ¡La terrible verdad!... Escucha. Tu venganza empezó el día mismo de mi pecado, ¿sabes? ¡Qué angustias! ¡Qué miedos! ¡Qué temores! ¡Qué horror!

Instintivamente se acerca a él, como buscando un refugio. Y él apenas se separa.

¡Te mentí! Te mentí por no perderte para toda la vida.

Pausa.

ı tu des-

Hoy fuí a buscar unas cartas que cr
mi condenación. Y las tuve. Y las que
quemé!

Con alegría. com ıles de su
cuerdo de aquella ho cara con
librase de un enemigo.

¡Y creí que ya estaba libre! ¡Ya estoy lib
Y aquella hoguera que tragaba mi secreto, era la llamarada de mi alegría. Y me dieron ganas de gritar: «¡Libre! ¡Libre!».

Transición. Fatigada

Luego... La fatalidad me ha vencido otra vez. Ya lo sabes todo. Te lo juro. Te lo juro por la memoria de mi madre... ¡Todo!

LAROCHE

¡Todo!...

Pausa. Abatido. Avergonzado. MAGDALENA intenta abrazarle. El vacila un momento. Pero repentinamente su actitud se hace violentísima.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Vete! ¡Te odio! No te mato porque... ¡Vete! Tú no eres tú. Tú eres una mujer que yo no conozco. No sé quién eres... ¡No lo quiero saber!

Ella intenta acercarse a él, temerosa

No te acerques... ¡No quiero que te acerques!

Buscando en la energía que

pone en las palabras la que falta a su ánimo.

¡Vete!... ¡Vete!...

MAGDALENA

Implorando.

¡Que me vaya!... ¿Y adónde?...

LAROCHE

¿Adónde?..:

Pausa corta. Parece luchar entre encontrados sentimientos. Mira a su mujer extrañamente. Pasea violentísimo. Vacila.

Llevo sobre mí, llevamos, un estigma imborrable. Mis compañeros, mis subordinados, me mirarán con desdén. Y hablarán en voz baja. Y el silencio alrededor de mí. El silencio por todas partes...

Resuelto. Altivo.

¡Vuelve a... a ti misma! ¡A la maldición! ¡A tu vida vieja!

MAGDALENA

¡A la muerte!

Se oye dentro la voz del CORONEL.

LAROCHE

¡Calla! ¿Oyes?...

MAGDALENA

¡Oh!

LAROCHE

¡Vete! ¡Vete ya! ¡Tu presencia mancha! Vete.

MAGDALENA

¡Perdón! ¡Perdón!

LAROCHE

Con energía desesperada

¡Vete!

Sale MAGDALENA. Pausa. LAROCHE se sienta ante la mesa y comienza a escribir nerviosísimo. A poco entra el CORONEL.

EL CORONEL

¿Cómo? ¿Todavía aquí, capitán?

LAROCHE

Quiere aparecer sereno inútilmente. E intenta fingir una gran tranquilidad.

Le esperaba a usted, mi coronel. He resuelto pedir mi retiro. Aquí está la instancia, mi coronel. Usted me hará el favor de tramitarla rápidamente... Rápidamente.

Como el que ha tomado una resolución dolorosa y quiere terminar cuanto antes.

Y gracias.

EL CORONEL

¿Cómo? ¡Pero, capitán! ¿Es que renuncia usted al porvenir? ¡Bah! Eso no puede ser.

LAROCHE

Mi coronel... La aventura de hoy... me obliga... Después de lo ocurrido... Ha sido una ligereza... Un error indisculpable, y...

EL CORONEL

El error verdadero está en pensar como usted piensa. ¡Bah! Eso no puede ser.

LAROCHE

Con su permiso, mi coronel, me permito insistir. Es para mí muy doloroso este lance. Y usted lo comprende... Me sería imposible cruzar una sola palabra en lo sucesivo con el teniente Aiguevive... ¡Imposible!... No quiero encontrarme con él. No quiero encontrarme con él...

EL CORONEL

Pero es que usted no sabe que el teniente Aiguevive se va del regimiento. Acaba de pedirme una larga licencia. Sale de aquí esta misma noche. Vea usted, capitán, que no tiene usted razones que oponer a las mías.

LAROCHE

Mi coronel, agradezco mucho su buena intención. Pero es preciso que me vaya.

EL CORONEL

No lo entiendo, la verdad.

LAROCHE

Emocionadísimo.

¡Mi coronel!... Yo... El día de hoy ha sido terrible para mí... De lo pasado hay dos testigos. Dos testigos todo generosidad. Evidentemente. Pero no quiero cruzarme con ellos en mi vida. ¡No quiero!

EL CORONEL

¡Y quiere usted tirar a la calle su porvenir! ¡Y eso no lo quiero yo!

Transición.

Vamos... ¡Un poco de calma! Sobre su tenacidad hay un interés altísimo.

Gravemente.

Entre soldados la abnegación es un deber. La abnegación... el sacrificio... Cada hombre lleva en su vida la cruz de un sacrificio. El sacrificio del perdón; el sacrificio del silencio... el sacrificio del olvido... Usted sabrá cuál es el de su cruz.

Le devuelve el pliego que le había dado Laroche.

Nada más. Bien... Ahora allá usted consigo mismo...

LAROCHE

¡Mi coronel!... Haga usted de mí lo que quiera...

Laroche, gravemente, lentamente, rompe el pliego.

EL CORONEL

Le tiende las dos manos.

Gracias, capitán.

LAROCHE

Y ahora subo a mi calvario. El del olvido
El del silencio...

Sale despacio, vacilante.
El reloj de sobre la chimenea da las diez. Se oye de muy lejos el toque de silencio.

EL CORONEL

Silencio... Silencio...

El CORONEL sale. Sobre la nota aguda y sostenida del toque de silencio; sobre la soledad y el abandono de la escena muy debilmente iluminada, cae el telón.

FIN